GEORGES

DUBY

AÑO 1000, AÑO 2000

LA HUELLA DE NUESTROS MIEDOS



AÑO **1000**, AÑO **2000**
LA HUELLA DE NUESTROS MIEDOS

GEORGES
DUBY

AÑO 1000, AÑO 2000
LA HUELLA DE NUESTROS MIEDOS

EDITORIAL ANDRES BELLO
Barcelona - Buenos Aires - México - Santiago de Chile

Contenido

Prefacio 9

Introducción 11

Miedos medievales, miedos de hoy, ¿un paralelo legítimo?

El miedo a la miseria 23

El miedo al otro 49

El miedo a las epidemias 77

El miedo a la violencia 97

El miedo al más allá 121

Prefacio

¿Para qué escribir Historia si no se lo hace para ayudar a nuestros contemporáneos a confiar en el porvenir y a encarar mejor armados las dificultades que encuentran día a día? El historiador, por lo tanto, tiene el deber de no encerrarse en el pasado y de reflexionar asiduamente sobre los problemas de su tiempo. Cuando Michel Faure, para *L'Express*, y François Clauss, para *Europa 1*, me pidieron que dialogara con ellos, me pareció útil comparar mi experiencia de historiador con su experiencia de periodistas, lo que sé del año mil con los miedos del año 2000. Util y legítimo. Quienes vivieron hace ocho o diez siglos no eran ni más ni menos inquietos que nosotros. La Historia, tal cual se la escribe hoy, se esfuerza por descubrir, por penetrar lo que esos hombres y esas mujeres creían, sus sentimientos, el modo como se representaban el mundo, el espíritu de una sociedad para la cual lo invisible estaba tan presente, merecía tanto interés, poseía tanta potencia como lo visible. Y sobre todo por ello se aparta de la nuestra. Discernir las diferencias, pero también las concordancias entre lo que les infundía miedo y lo que nosotros tememos nos puede permitir encarar con mayor lucidez los peligros de hoy.

Georges Duby

Miedos medievales, miedos de hoy, ¿un paralelo legítimo?



Estudiar y escribir la Historia para descubrir la voluntad divina es la ambición de los eclesiásticos; es el caso de este monje, Ruodprehet. Los anales consignan los hitos y son un testimonio de las inquietudes de los hombres ante los trastornos de la naturaleza.
Salterio de Egber, obispo de Tréveris, Cividale del Friuli, biblioteca del museo arqueológico nacional.

¿Le parece legítimo hacer un paralelo entre la Edad Media y el alba del tercer milenio para ocuparse de los miedos de ayer y de hoy?

Los hombres y las mujeres que vivieron hace mil años son nuestros antepasados. Hablaban casi nuestro mismo lenguaje y sus concepciones del mundo no estaban tan distantes de las nuestras. Existen analogías entre las dos épocas, pero también diferencias, y éstas son las que más nos enseñan. Las semejanzas no nos van a sorprender; pero los distanciamientos nos conducirán a plantearnos preguntas.

¿Por qué, en qué hemos cambiado? ¿Y en qué nos puede conceder confianza el pasado?

¿Advierte usted, hoy, en el seno de la sociedad, una sensación de miedo que se pueda parecer a una sensación de hace mil años?

Nuestra sociedad está inquieta. Lo prueba el hecho mismo de que se vuelva decididamente hacia su memoria. Nunca hemos conmemorado tantas cosas. Todas las semanas se festeja aquí y allá el aniversario de algo. Este apego al recuerdo de los acontecimientos o de los grandes hombres de nuestra historia también ocurre para recuperar confianza. Hay una inquietud, una angustia, crispada al fondo de nosotros.

¿Nos bastan, para comprender los miedos de nuestros antepasados, los datos de que disponemos sobre la Edad Media?

Es muy lejano este período de nuestra historia y las informaciones son escasas. Necesitamos considerar el conjunto de la Edad Media. Comprobamos que esta sociedad, entre el año mil y el siglo XIII se vio arrastrada por un progreso material fantástico, comparable al que se desató en el siglo XVIII y que hoy continúa. La producción agrícola se multiplicó por cinco o seis y la población se triplicó en dos siglos en el país que hoy es Francia. Ese mundo cambiaba muy rápido. Se aceleraba la circulación de los hombres y de las cosas. Después, a mediados del siglo XIV, se ingresó en una etapa de casi estancamiento que duró hasta mediados del siglo XVIII. Así, por ejemplo, no hubo ningún progreso apreciable en los transportes entre el reino de Felipe Augusto y el de Luis XIV; la duración del viaje de Marsella a París siguió siendo casi la misma a cinco siglos de distancia.

También podemos ver con bastante claridad la evolución de las mentalidades. En este período de fuerte crecimiento, como hoy, los hijos no pensaban como sus padres; aunque esta sociedad, muy jerarquizada, cuidaba con suma atención del respeto por los mayores: una diferencia con la actualidad.

Sin embargo, no es posible responder todas las preguntas que plantea la Edad Media. Para confrontar los miedos del hombre medieval con los del hombre contemporáneo, hace falta

ampliar un poco el campo y recolectar indicios y hechos suficientes.

Es necesario, además, olvidar lo que pensamos y situarnos bajo la piel de hombres de hace ocho o diez siglos; así podemos penetrar en la civilización medieval, tan distinta de la nuestra. Nadie duda entonces de que haya otro mundo, más allá de lo visible. Se impone una evidencia: los muertos siguen viviendo en ese otro mundo. Aparte de la comunidad judía, todos están convencidos de que Dios se ha encarnado. La misma angustia en relación con el mundo domina todas las culturas —uso el plural, pues junto a la eclesiástica existen una cultura guerrera y una campesina—. Comparten un sentimiento general de impotencia ante las fuerzas de la naturaleza. La cólera divina pesa sobre el mundo y se puede manifestar en diversos azotes. Importa, esencialmente, asegurarse la gracia del Cielo. Esto explica el poder extraordinario de la Iglesia, de los servidores de Dios sobre la tierra. Porque el Estado, tal cual lo concebimos hoy, no existía. El derecho a mandar, a hacer justicia, a proteger y a explotar al pueblo, estaba repartido en multitud de células locales. Los jefes, esos hombres de espada en mano, la espada de la justicia, se consideraban los representantes de Dios, los encargados de mantener el orden que se supone que Dios quiere que se respete en la tierra.

¿Existía conciencia de la historia en la Edad Media? ¿Se procuraba hallar allí lecciones?

Por supuesto. Lo que diferencia con mayor nitidez a la civilización europea es su carácter básicamente historiante, el que se conciba a sí misma en marcha. El hombre de Occidente tiene la sensación de progresar hacia el futuro y, por ello, se inclina con toda naturalidad a contemplar el pasado. El cristianismo, que impregnó fundamentalmente a la sociedad medieval, es una religión de la Historia. Proclama que el mundo fue creado en un instante preciso y que después, en una fecha determinada, Dios se hizo hombre para redimir a la humanidad. La Historia continúa y es Dios quien la dirige. Hay que estudiar, por lo tanto, el desarrollo de los acontecimientos, para conocer las intenciones divinas. Así pensaban los hombres cultos, los intelectuales, es decir, los eclesiásticos. El saber estaba en sus manos, un monopolio exorbitante.

Se escribió historia, entonces, de distintos modos, en numerosos establecimientos religiosos, en monasterios o en catedrales. Lo más habitual era que sólo se anotaran los hechos principales de un año: en el año tal hubo una tempestad extraordinaria, se retrasó la vendimia, murió el papa Untel, se produjo una epidemia, se hundió el techo del dormitorio... Así adquirían forma los llamados anales. Pero a veces se iba más lejos. Alguno de los monjes o de los canónigos emprendía de verdad la com-

posición de una historia. Se retomaban los sucesos del pasado y se los ponía en orden. Gran parte de lo que sabemos de ese tiempo viene de ese tipo de escritos. También lo conocemos, ciertamente, por los aportes de la arqueología, por las huellas de la existencia de los hombres que se encuentran gracias a excavaciones en la tierra. Pero si la Edad Media no nos es extraña, se lo debemos a los sabios que se dedicaron a escribir su historia. Sabemos mucho más acerca de los siglos XI y XIII europeos que sobre la historia de la India, por ejemplo, o del Africa; no existía en estas regiones del mundo la misma decisión de inscribir con exactitud lo digno de notar que ocurriera en el curso de los días.

✠ *¿Qué buscaban allí los eclesiásticos? ¿Capturar la historia de los hombres o las huellas de Dios?*

Los servidores de Dios eran los únicos que sabían escribir y leer, y consideraban su deber explicar la Historia para detectar allí señales de Dios. Estaban convencidos de que no hay compartimentos estancos entre el mundo real y el sobrenatural, que siempre hay pasos entre ambos, y de que Dios se manifiesta en lo que creó, en la naturaleza pero también en el modo como ha orientado el destino de la humanidad. En el examen de los hechos del pasado se podía encontrar entonces una especie de advertencia divina.

✠ *¿Qué señales los alertaban y cómo las interpretaban?*

Se consideraba que cuanto parecía un trastorno de la naturaleza era una señal que anunciaba las tribulaciones inmediatamente anteriores al fin del mundo. Un ejemplo: todo el mundo creía que, según la voluntad divina, el curso de los astros era regular. La aparición de un cometa, es decir, de una irregularidad, suscitaba inquietud. Uno de los cronistas de entonces relata que un año vieron en el cielo estrellas que combatían unas con otras. Una, enorme, lanzaba centellas; la otra, más pequeña, giraba a su alrededor. Otra, que vieron en la Mancha, recuerda a una ballena «grande como una isla». La súbita aparición de animales de dimensiones anormales, de monstruos, conducía a creer que algo ya no funcionaba en el mundo, que el mundo se descomponía. Dios enviaba mensajes mediante estos accidentes. Llamaba a estar alerta. Y los sabios debían interpretar esas señales, explicar su sentido.

Según los monjes del año mil, el mundo tiene una edad que los textos de la Sagrada Escritura permiten calcular. El Apocalipsis anuncia cómo y cuándo acabará el mundo. Beato de Liébana, *Comentario del Apocalipsis* (manuscrito F 117/2E, f° 117 v°), Soria, Catedral de Burgo de Osma.



✠ *¿Era fuente de inquietud la inminencia del milenio?*

Los terrores del año mil son una leyenda romántica. Los historiadores del siglo XIX imaginaron que la inminencia del milenio suscitó una especie de pánico colectivo, que la gente moría de miedo, que regalaba todas sus posesiones. Es falso. Contamos, de hecho, con un solo testimonio. Escribe un monje de la abadía de Saint-Benoît-sur-Loire: «Me han dicho que en el año 994 había sacerdotes en París que anunciaban el fin del mundo». Este monje escribe cuatro o cinco años después, justo antes del año mil. «Son unos locos», agrega. «Basta abrir el texto sagrado, la Biblia, para ver, Jesús lo dijo, que nunca sabremos ni el día ni la hora. Predecir el futuro, afirmar que ese acontecimiento aterrador que todo el mundo espera se va a producir en tal o cual momento, es atentar contra la fe».

Tengo la certeza de que a finales del primer milenio existía una espera permanente, inquieta, del fin del mundo: el Evangelio anuncia que Cristo volverá un día, que los muertos resucitarán y que El apartará los buenos de los malos. Todo el mundo lo creía, y esperaba ese día de la ira que provocaría sin duda la confusión y la destrucción de todo lo visible. Se leía en el Apocalipsis que se liberaría a Satán de sus cadenas al cabo de mil años y que entonces vendría el Anticristo. Y tribus espantosas surgirían del fondo del mundo, de lugares desconocidos, perdidos en el horizon-

te del oriente y del norte. El Apocalipsis producía temor, pero también esperanza: después de las tribulaciones empezaría un lapso de paz que precedería al Juicio Final, un período más fácil de vivir que el cotidiano. Lo que se llama milenarismo se nutría de esta creencia. Cuando se desgarrara el velo, iba a empezar un largo tiempo en que los hombres por fin vivirían felices en paz e igualdad. Repito: el hombre medieval se hallaba en estado de extrema debilidad ante las fuerzas de la naturaleza, vivía en un estado de precariedad material comparable al de los pueblos más pobres del Africa de hoy. A la mayoría, la vida le resultaba dura y dolorosa. Pero la gente esperaba que, acabado un lapso de terribles penurias, la humanidad iría hacia el paraíso o bien hacia ese mundo, liberado del mal, que debería instaurarse después de la venida del Anticristo.



el miedo *a la miseria*



La indigencia, en el año mil, es general y entonces soportable. Pero a partir del siglo XII, la miseria golpea con mayor dureza a buena parte de la población.
La sociedad medieval, muy dura, es en gran medida fraternal, sin embargo.
Siena, hospital Santa Maria della Scala, sala de los Peregrinos. Fresco de Domenico Di Bartolo, 1443.

Con un nudo en el vientre por temor a errar,
por temor al hambre y al futuro,
así vive el hombre del año mil, mal nutrido,
penando para extraer del suelo el pan con
herramientas irrisorias. En este mundo duro,
de indigencia, la fraternidad y la
solidaridad aseguran empero la supervivencia
y una redistribución de la escasa riqueza.
Compartida, la pobreza es la suerte común.
No condena, como hoy, a la soledad
del que carece de domicilio estable



Sin techo, en Londres. A pasos de la City, los excluidos del crecimiento ya no esperan nada. El individualismo ha extirpado la solidaridad.

y se encoge en una estación de metro o es olvidado en una callejuela. La verdadera miseria aparece más tarde, en el siglo XII, brutalmente, en los suburbios de ciudades donde se amontonan los desarraigados. Llegados desde el campo para aprovechar el poderoso crecimiento que trastorna la Edad Media, encuentran cerrada la puerta. De esta angustia nace un nuevo cristianismo, el de Francisco de Asís, antepasado de los sacerdotes obreros y del abate Pierre.

✠ *En la Francia actual existe un miedo muy vivo, el temor a la miseria. ¿Cómo era en la Edad Media?*

La gran mayoría de la gente vivía en lo que para nosotros sería una pobreza extrema. Los descubrimientos arqueológicos lo muestran con claridad. En la ribera de un lago, en el Delfinado, acaban de descubrir los cimientos de un conjunto de casas que se conservaron gracias a la subida de las aguas. Han recuperado muchos objetos. Allí vivía, hacia el año mil, una comunidad de guerreros y agricultores. Quedaron a la vista los útiles de que disponían y podemos advertir cuan precario era su equipamiento. Había, por ejemplo, muy pocas cosas de hierro. Casi todo era de madera. Los campesinos escarbaban la tierra con arados provistos de una reja de madera endurecida al fuego, como en Africa. Por cada grano que se sembraba se contentaban con cosechar dos y medio. El rendimiento de la tierra era ridículamente débil. Resultaba sumamente difícil conseguir el pan. Conviene imaginar a esos hombres y esas mujeres vestidos en gran parte con pieles de animales y no mejor alimentados que en tiempos neolíticos. Hablo de la gente del pueblo, pues esa sociedad era estrictamente jerárquica. Los trabajadores estaban aplastados por el peso enorme de un pequeño sector de explotadores —guerreros y eclesiásticos— que se quedaban con casi todo el superávit. El pueblo vivía temiendo, continuamente, el mañana. Por otra parte, no se puede hablar de auténtica miseria, porque las

El equipamiento de los agricultores del año mil es irrisorio. Trabajan con arados de madera endurecida al fuego. En el siglo XII, aumenta el uso del fuego y de carretas como ésta, lo que permite aumentar el rendimiento de la tierra. Manuscrito NAF 24541 (f° 172). París, Biblioteca nacional.



relaciones de solidaridad y de fraternidad hacían posible que se redistribuyera la escasa riqueza. No existía la espantosa soledad del miserable que vemos en nuestros días.

¿Le parece que esta solidaridad constituye una diferencia importante?

Fundamental. Las sociedades medievales, tal como son las africanas, eran sociedades de solidaridad. El hombre estaba inserto en grupos, el grupo familiar, el de la aldea; el señorío, que era un organismo de exacción, también lo era de seguridad social. El señor abría sus graneros para alimentar a los pobres si acontecía una hambruna. Era su deber, y estaba convencido de ello. Estos mecanismos de ayuda evitaron, en esta sociedad, la miseria terrible que hoy conocemos. Existía el miedo a la súbita penuria, pero no la exclusión de una parte de la sociedad así ocluida en desesperanza.

Se era muy pobre, pero junto con los demás. Los mecanismos solidarios, comunes a todas las sociedades tradicionales, desempeñaban plenamente su función, como hoy en Africa. Los ricos tenían el deber de dar, y el cristianismo estimulaba este deber de ayuda.

¿Desconocían la soledad en la sociedad medieval?

Era una sociedad gregaria; los hombres vivían en manadas. Si penetramos en la vida privada de nuestros distantes antepasados, advertimos que estaban siempre cerca: dormían varios en un mismo lecho; al interior de las casas no había paredes verdaderas, sólo colgaduras. Nunca salían solos; se desconfiaba de quien lo hacía: eran locos o criminales. Resultaba duro

vivir así, pero también concedía seguridad. Se consideraba que los eremitas que se marchaban al fondo de los bosques para expiar sus pecados eran unos santos: aislarse constituía una demostración de coraje muy excepcional.

✠ *¿Qué magnitud tuvo la hambruna inmediatamente posterior al primer milenio?*

Se conserva el relato de una hambruna que ocurrió en 1033, en Borgoña, muy famosa entre los historiadores, pues la describió y explicó un cronista, un monje de la congregación de Cluny. Empezó, dice, con un mal tiempo excepcional. Llovió tanto que no se pudo sembrar ni trabajar el campo. La cosecha resultó detestable. Guardaron un poco de grano para la siembra; pero al año siguiente ocurrió lo mismo. Lluvia, lluvia y lluvia... Al tercer año, no quedaba nada. Entonces, dice, fue espantoso; comían cualquier cosa. Después de comerse las hierbas, los cardos, después de terminar con los pájaros, los insectos, las serpientes, relata, comían tierra y, finalmente, empezaron a comerse los unos a los otros. Desenterraban a los muertos para comérselos. Creo que carga las tintas. ¿Pero quién sabe? En cualquier caso, funcionó la solidaridad. Vaciaron los tesoros de las iglesias para comprar grano que los acaparadores retenían y vendían sumamente caro. Se esforzaron por alimentar a los más necesitados. Pero esto no bastó. El cronista concluye afirmando —lo que

dice mucho acerca de la concepción del mundo en esa época— que la solución es hacer penitencia. El Cielo enviaba ese castigo, y había que aplacar la ira de Dios y prosternarse, lamentar los pecados. El miedo permanente al hambre está en la raíz de una especie de sacralización del pan, el don esencial que Dios hace a los hombres. «Danos el pan de cada día...» Esto duró mucho tiempo. Recuerdo que mi abuela bendecía el pan antes de guardarlo. Recogíamos todas las migas en la mesa. Habría sido imposible, un escándalo, que se tiraran los restos de pan a la basura o se los diera a los pájaros. En la Edad Media, y también en el campo hasta hace unos cien años, esos gestos se habrían considerado sacrílegos en el sentido exacto de la palabra. Durante la última guerra todavía vivimos este miedo a la falta de alimento.

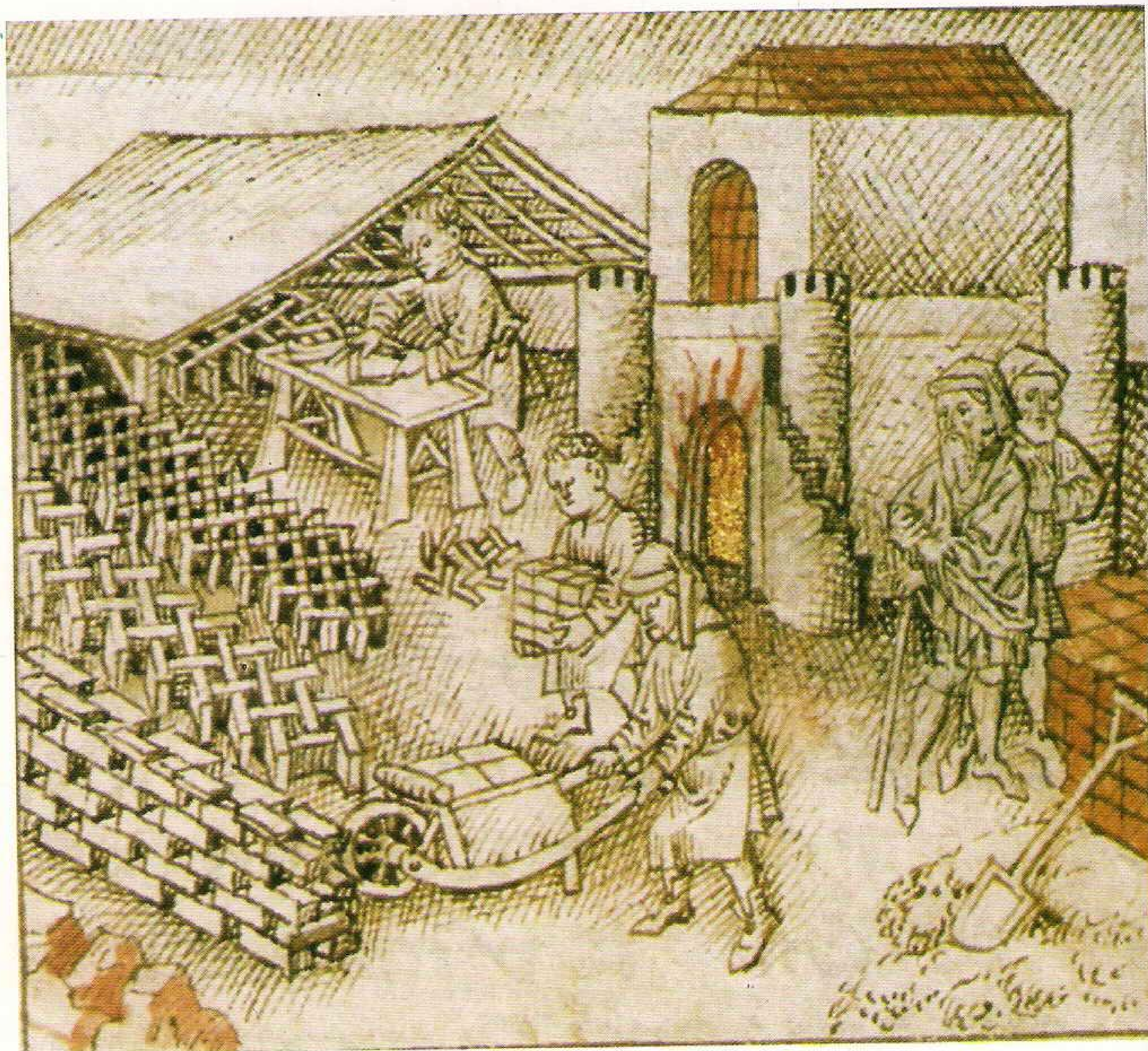
✠ *Es la misma inquietud que reaparece hoy con esos llamados a la solidaridad todos los años, sobre gente que carece de comida, de alojamiento...*

Los restos del corazón, eso es. Es una efectiva toma de conciencia de que hay gente que padece hambre y de que, mañana, podemos estar en el mismo caso. Es la inquietud que nos roe en Francia, hoy, esta angustia ante el desempleo, que nos lleva a preguntarnos: «¿y no seré yo mismo, o mis hijos, el que mañana quede sin domicilio fijo y me alimente en una olla común?» Este miedo a colapsar atenazaba el vientre de los hombres del siglo XI. Creo

que no ha dejado de atenazarlo en el curso de las edades. Pienso, sin embargo, que antaño se confiaba mucho más que hoy en la solidaridad. Infinitamente más. Es obvio que siempre hay egoístas, gente que guarda las cosas para sí misma. Pero creo que la confianza en un gesto natural de solidaridad, de participación, estaba anclada en el espíritu de los hombres de aquel tiempo. Estoy convencido.

¿Estallaron rebeliones de miserables en la Edad Media?

No sé de rebeliones por hambre en los campos. Conviene recordar que la Francia del año mil, y después la del 1200, la de Felipe Augusto y de San Luis, se veía arrastrada por un impulso extraordinario de crecimiento material. El rendimiento de la tierra había aumentado de manera considerable, pues la forja ocurría en muchas aldeas del siglo XI y por todas partes se forjaban rejas de hierro para los arados. En las chozas se comía mucho mejor, incluso a veces pan blanco. Por otra parte, hombres y mujeres se acostumbraban a vestir con trajes de tela. El progreso, sobre todo, se traducía en urbanización, en el renacimiento de las ciudades, que casi habían muerto en la civilización únicamente agraria de la primera Edad Media. Y la miseria apareció en los aledaños de estas ciudades que crecían en el siglo XII. De súbito. Como algo intolerable.



Fue consecuencia de la migración de campesinos a las ciudades. La solidaridad primitiva quedó destruida en los suburbios donde inmigraban esos desarraigados. Habían dejado la familia en busca de fortuna en las ciudades; ya no disponían de parientes, de parroquia. Se encontraban solos, en estado lamentable.

Y el espectáculo de su miseria produjo el rápido desarrollo de instituciones hospitalarias y caritativas. Se crearon «hoteles de Dios», como el de París, para acogerlos. Se formaron cofradías, asociaciones de socorros mutuos, que reconstruían una urdimbre de solidaridad en los nuevos barrios.

✠ *¿Produjo esta miseria una renovación del cristianismo?*

En ese momento, a fines del siglo XII, apareció Francisco de Asís. Este hombre encarna una transformación radical del cristianismo. Francisco quiso vivir pobre con los pobres. Los nuevos hombres de oración no querían que se los adosara a la cima de la jerarquía como fue el caso de los sacerdotes y monjes de la simple y calmosa civilización agraria del siglo XI. Se produjo una verdadera refundación del cristianismo ante los nuevos problemas que creaba una especie de ebullición de la miseria. Un historiador italiano decía que la historia del cristianismo está dominada por dos figuras: la de Jesús y la de Francisco de Asís. Este último parece un símbolo, un gran testigo. Es muy cierto que el cristianismo cambia radicalmente después de 1200. Antes fue, para la mayoría de la gente, un asunto de ritos, de ceremonias que dirigían hombres cómodamente instalados y convencidos de estar dominando toda la sociedad mientras los otros, los fieles, contemplaban de lejos cantar himnos y ora-

El exceso de población de los campos ingresa en ciudades que crecen. Se construyen albergues, casi siempre de madera, a excepción de los edificios del culto. Pero poco a poco el albañil reemplaza al carpintero. La fabricación de ladrillos se efectúa en la cantera misma, por economía y comodidad. *Biblia de Utrecht* (ms. Add. 38122, f° 78 v°). Londres, British Library.





Páginas precedentes.
En el siglo XII, las ciudades presenciaron la llegada de multitudes de migrantes sin raíces. En Europa se crearon instituciones hospitalarias y caritativas para reemplazar la inicial solidaridad ahora destruida. Aquí, atención de heridos en el hospital Santa Maria della Scala. Sienna, hospital Santa Maria della Scala, sala de los Peregrinos. Fresco de Domenico Di Bartolo, 1443.

Los males golpean habitualmente a los hombres, y las calamidades excepcionales son, para el espíritu cristiano, pruebas que Dios envía. La caridad religiosa debe aliviarlas. Aquí, canónigos dan pan a los miserables. Siena, hospital Santa Maria della Scala, sala de los Peregrinos. Fresco de Domenico Di Bartolo, 1443.

ciones. Después, los hombres de Dios llamaron a vivir conforme al Evangelio. La acción del abate Pierre, o la iniciativa de los sacerdotes obreros, que se recuerda muy poco, se sitúan en la línea de san Francisco. Estos hombres creían que, como Cristo, debían vivir con los menos favorecidos y despertar el espíritu de los poderosos para que siguieran el ejemplo y se apartaran de su muy cómoda buena conciencia. Los hermanos mendicantes, los dominicos y los franciscanos, actuaron así, animados por la voluntad de seguir el ejemplo de Cristo y ser pobres entre los pobres. No vivían de rentas, como los canónigos de la catedral; mendigaban el pan. O bien trabajaban para obtenerlo. Nada poseían y nada querían poseer. En un principio, franciscanos y dominicos carecían de vivienda. Se les obligó a vivir en conventos, y entonces los construyeron en los suburbios, cerca de los miserables. El descubrimiento de la miseria, de la verdadera, hizo que surgieran formas nuevas de vivir la religión.

Creo que hoy, ante el aumento de la miseria que no consigue controlar el poder público, empieza a recuperarse la solidaridad. A pesar de la disminución de la práctica religiosa, subsiste el sentimiento de que se debe ayudar al prójimo, y este sentimiento parece más fuerte entre los pobres. Basta ver la Argelia actual. ¿Cómo se explica el éxito del Frente islámico



de salvación? Los militantes islámicos aplican uno de los preceptos del Corán, y reconstruyen eficaces redes de solidaridad, cumpliendo así una función de ayuda social que el Estado no consigue asegurar.

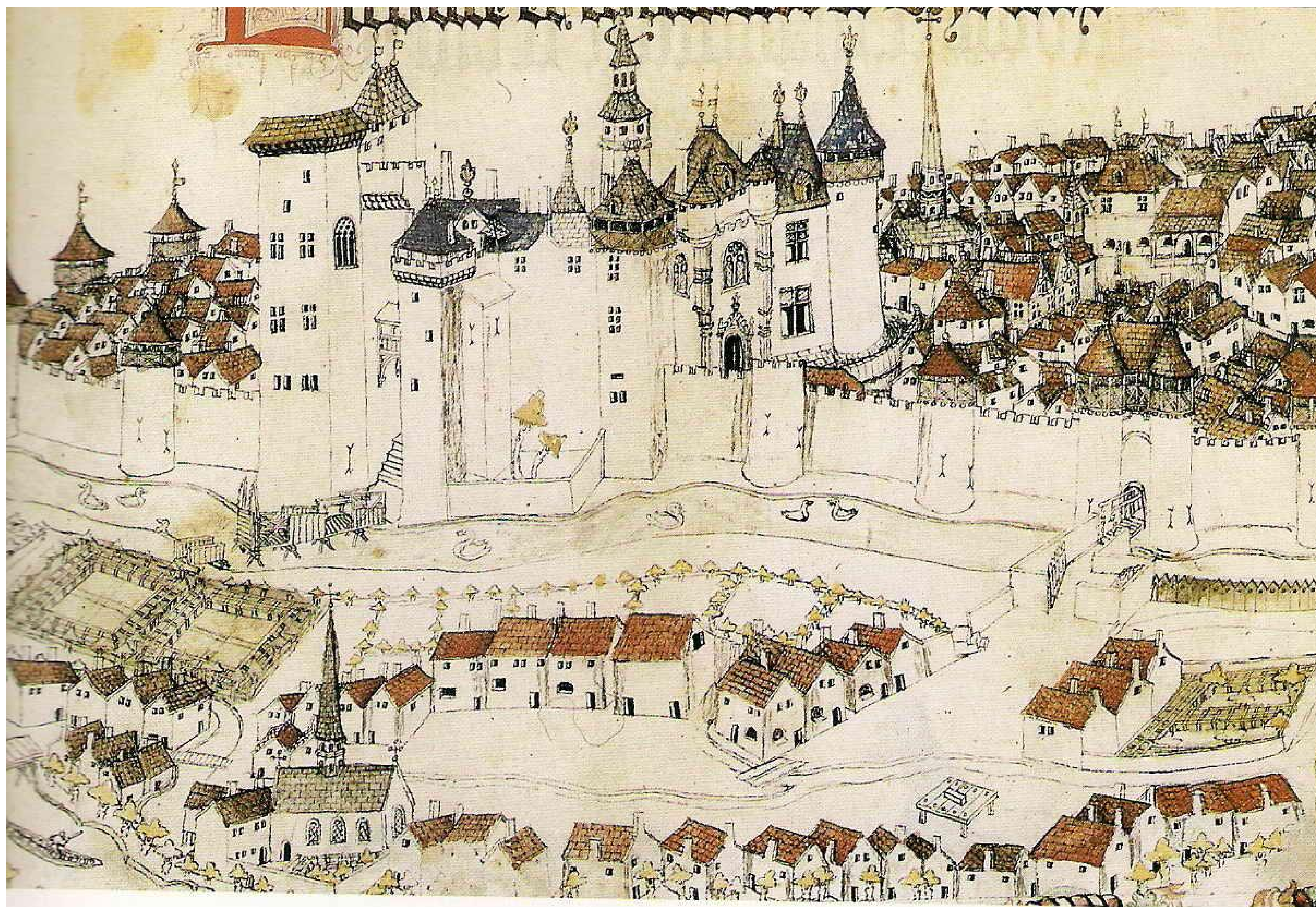
¿Constituían esos hermanos mendicantes una amenaza, un rechazo del orden establecido por la Iglesia?

Aquí se revelan las primicias de la Reforma. Cuando llegan a París los primeros franciscanos, en 1230, la gente se pregunta quiénes son y qué hacen. Se los confundió con herejes. Por otra parte, su manera de vivir en la pobreza y trabajando con las manos como los primeros discípulos de Cristo, pone al descubierto los defectos de la Iglesia. Esta se

defendió, los limitó, y se esforzó por suavizar el aspecto contestatario de Francisco de Asís. Pero se había sembrado el buen trigo; y fructificó.

¿Cómo son esos primeros suburbios donde trabajan los hermanos mendicantes para aliviar la miseria? ¿De dónde venían sus habitantes? ¿Cómo vivían?

¿Los suburbios? Al principio eran un montón de albergues muy precarios, chabolas; de eso no queda nada al cabo de ocho siglos. Los arqueólogos no han encontrado la menor huella. El historiador debe imaginar entonces; tiene derecho a hacerlo. Se representa la vida de esa gente como la de los habitantes de las favelas de Río. ¿De dónde venían? De los campos circundantes, expulsados de su casa por el crecimiento demográfico que fue el motor esencial del progreso fantástico a que ya me he referido. Fue una demografía comparable a la de los países más prolíficos del tercer mundo de hoy, con tasas muy altas de mortalidad. Un cuarto de los niños moría antes de los cinco años y otro cuarto antes de la pubertad. Pero había tantos nacimientos que la población crecía; los que superaban los peligros de la infancia y la juventud eran personas muy resistentes. Hace tiempo que los historiadores de la Edad Media han revisado la noción de que los hombres de esa época morían muy pronto. Diversas excavaciones de cementerios han entregado muchos esqueletos de ancianos.



✠ *¿El crecimiento demográfico era señal de confianza en el futuro, de optimismo colectivo?*

Acurrucada tras sus murallas en la primera Edad Media, la ciudad desborda en el siglo XII debido al ingreso de campesinos. Burgos y suburbios se sitúan fuera del recinto, como muestra la silueta de Moulins dans l'Allier en la segunda mitad del siglo XV. Guillaume Revel, Armorial d'Auvergne, *Moulins* (Ms. francés 22297), París, Biblioteca nacional.

Todas las evaluaciones de la población son sumamente conjeturales. Pero puedo afirmar con bastante certeza que la población de Francia sin duda se triplicó entre el año mil y el 1300. En este año, el espacio que hoy ocupa Francia estaba poblado por unos veinte millones de habitantes. Era el país más poblado de Europa. Inglaterra sólo tenía tres millones. Así pues, si las conjeturas son exactas, se puede estimar que en el año mil había unos siete u ocho millones de habitantes, nada más.

Creo que esta expansión demográfica se puede interpretar como una señal de optimismo. La población de Europa empezó a experimentar progresivo crecimiento en la época carolingia,

y cabe preguntarse por qué. Es muy difícil interpretar las oscilaciones de la natalidad; incluso hoy. En verdad se ignora la razón del boom de nacimientos en Francia en los años cincuenta de nuestro siglo. Creo en el rol que desempeña la evolución de las estructuras familiares. Alrededor del año mil, la Iglesia impuso a la población rural, y después a la aristocracia, la monogamia y la exogamia: impuso tener una sola esposa y no casarse con una prima hermana. Así se construyó un marco estable, la familia, en el cual se podía criar y defender mejor a los hijos.

El marco ha durado casi un milenio y se está dislocando ante nuestros ojos. Europa y Francia han vivido una transformación básica desde el siglo XIX y sobre todo durante el siglo XX. Todo se ha tornado dudoso: relaciones de parentesco, viejas estructuras matrimoniales, matrimonio a la antigua, el matrimonio de mis padres, el mío. Y al mismo tiempo, sólo en la civilización occidental, y por primera vez desde los orígenes de la especie, se ha dejado de considerar que la mujer es un ser inferior necesariamente sometido al hombre. Esto es completamente nuevo. La sociedad medieval era masculina. He mencionado hombres que casi nunca salían solos a la calle. Pero una mujer, una mujer sola en el exterior de su casa, debía ser o bien una puta o bien una loca.

En torno al año mil, la Iglesia impone el matrimonio monógamo. Esta familia, más sólida, ofrece un marco más estable para educar a los hijos. Siena, hospital Santa Maria della Scala, sala de las Nodrizas. Fresco de Domenico di Bartolo, 1443.





✠ *¿El único destino posible de los desarraigados era la ciudad?*

Había demasiados hombres y mujeres de más de quince o veinte años en la explotación familiar. Debían marcharse a la aventura. Y dos eran las aventuras posibles para los campesinos. La primera, ir a desbrozar tierras. La superficie agrícola era muy extensa. En el año mil, los alrededores de París estaban cubiertos de bosques. El gran bosque de Yvelines iba desde el de Boulogne a Rambouillet. Poco a poco los desbrozadores lo agujerearon y destrozaron con los útiles de que disponían. El padre donaba un viejo arado, uno de esos de reja de madera endurecida al fuego. Empezaban talando los árboles; después extirpaban las raíces, las quemaban, y finalmente cultivaban el campo y se construían una casa propia. Así se pobló Europa. También hubo migraciones a gran distancia. Hubo flamencos, por ejemplo, que partieron a colonizar Polonia. Todo estaba organizado por empresarios que reclutaban trabajadores y los transportaban después de conseguir de un príncipe eslavo la concesión de un terreno virgen donde crear una nueva aldea. La otra aventura era marchar a la ciudad, donde el artesanado se desarrollaba gracias a la mejoría general del nivel de vida. Trabajaba la lana, la madera, fabricaba telas de calidad y belleza crecientes, que se teñían. Se creaban empleos en casa de los tejedores, de tintoreros, curtidores, de carpinteros, de trabajadores

La población francesa se triplicó, sin duda, entre el año mil y el 1300. Se llenó la sala de Nodrizas del hospital de Siena. Siena, hospital Santa Maria della Scala, sala de las Nodrizas. Fresco de Domenico di Bartolo, 1443.

del vidrio, de albañiles. Pero no había trabajo para todo el mundo. Los recién llegados lograban que algunos días los contrataran en la gran plaza cuando hacía falta mano de obra o alguien que ayudara a descargar. Si no, la miseria. Y después la vejez, la enfermedad.

✠ *¿Se puede considerar que esos expulsados de su casa fueran los primeros excluidos?*

Su situación se puede comparar con la de los campesinos sicilianos de principios del siglo veinte. Decía el padre: no hay más que comer en casa, hay que marcharse a América.
Esa sociedad era mucho más fluida que lo que imaginamos. En las familias nobles, por ejemplo, era normal que los niños, a los siete años, hicieran su aprendizaje en otra parte. A los destinados para sacerdotes se los enviaba a escuelas monásticas y los que serían caballeros iban a aprender a montar y a batirse en casa del señor de su padre o donde un tío.
¿Y la exclusión? Concierne, en primer lugar, a las comunidades judías, muy importantes en las ciudades del año mil y hasta el siglo XII. A principios del siglo XIII se obligó a los judíos a llevar una señal distintiva, como bajo la Ocupación. En este caso la exclusión era radical. Y valía también para otra categoría de hombres y mujeres, los leprosos, que, como los judíos, eran situados en un sector lateral de la sociedad, aislados de las demás personas; se los

La fabricación de vidrio para los vitrales de las catedrales que se construían entonces necesitaba importantes cantidades de arena y hornos poderosos. *Los Viajes de Sir John Mandeville*, «Sopladores de vidrio en Bohemia» (manuscrito 24189, f° 16), principios del siglo XV. Londres, British Library.



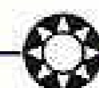
distinguía por la vestimenta y por la matraca que agitaban.

Hoy se habla de exclusión de los pobres. ¿Existía ese rechazo en la Edad Media?

Ya había el rechazo al miserable y al migrante; no se lo puede negar. Se manifestó en la Edad Media; pero más tarde, en el siglo XIV. La guerra de los Cien Años hizo que la gente de los campos devastados, atormentada por los militares, afluyera a las ciudades. Los ricos tuvieron miedo de los pobres. Eran demasiado numerosos, inquietantes. Se sobrepasó el umbral de tolerancia de la miseria. En ese momento se produce el fenómeno del rechazo.

Los miedos de ayer parecen llevar el germen del progreso de mañana...

Por supuesto. Consideremos las hambrunas. Provienen de un desequilibrio entre demanda y producción de alimentos. Los cronistas de la época las interpretaron como señales nefastas. Pero nosotros, historiadores, las consideramos señales de un progreso, sobresaltos del desarrollo, de un desarrollo fulgurante pero caótico.





Un oblato toma los hábitos para cuidar enfermos en el hospital. Numerosos laicos se incorporaban así a cofradías religiosas, donando parte de sus bienes y prometiendo observar el reglamento, pero sin pronunciar los votos. Siena, hospital Santa Maria della Scala, sala de los Peregrinos. Fresco de Domenico di Bartolo, 1443.

el miedo *al otro*



Diferente porque nómade, el pueblo gitano ha sufrido sin cesar el rechazo de los sedentarios. Panel de propaganda, destinado a los gitanos. Madera pintada, hacia 1715. Museo de Nördlingen (Baviera).

En tiempos de San Luis, las hordas surgieron del Este y provocaron terror y angustia en el mundo cristiano. El miedo al extranjero oprimió otra vez las poblaciones. Europa, sin embargo, había sabido digerir e integrar a los normandos. Esas invasiones habían difuminado las fronteras entre el mundo pagano y la cristiandad, y estimulado el crecimiento económico. Europa, tierra juvenil



No ha terminado la larga marcha de los gitanos. Los apartan o bien los expulsan de todos los rincones de Europa.

y en plena expansión hacia los cuatro puntos cardinales, se alimentó vorazmente de culturas exteriores. Una situación distinta a la actual: el Viejo Continente se amuralla contra la miseria del mundo para así conservar sus riquezas. El hombre medieval teme sobre todo al pagano, al musulmán y al judío, infieles que debe convertir o destruir, pero desconfía también del otro, de su vecino.

¿Existía en el año mil este miedo contemporáneo, el miedo al otro, a todos los que se acumulan en nuestras fronteras?

Sí. Y era una realidad urgente. Poco tiempo antes, Europa había sufrido invasiones de pueblos que se dedicaban al pillaje: primero, los vikingos, que llegaron del norte; en seguida los húngaros, que vinieron del fondo de la estepa asiática, y finalmente los sarracenos. No se había perdido el recuerdo de esas invasiones y se temían nuevos ataques. En el año mil vuelven a desembarcar piratas escandinavos y raptan princesas en la ribera del Atlántico, en Aquitania. Ya no existe el peligro, pero se mantiene viva la memoria y, por lo tanto, la inquietud.

Por mi abuela, que lo supo por su abuela, pude recoger el recuerdo de los cosacos que llegaron a Francia en 1815. Europa, sin embargo, ha gozado de un privilegio insigne que no comparte con ninguna otra región del planeta: no ha sufrido invasiones exteriores desde el año mil.

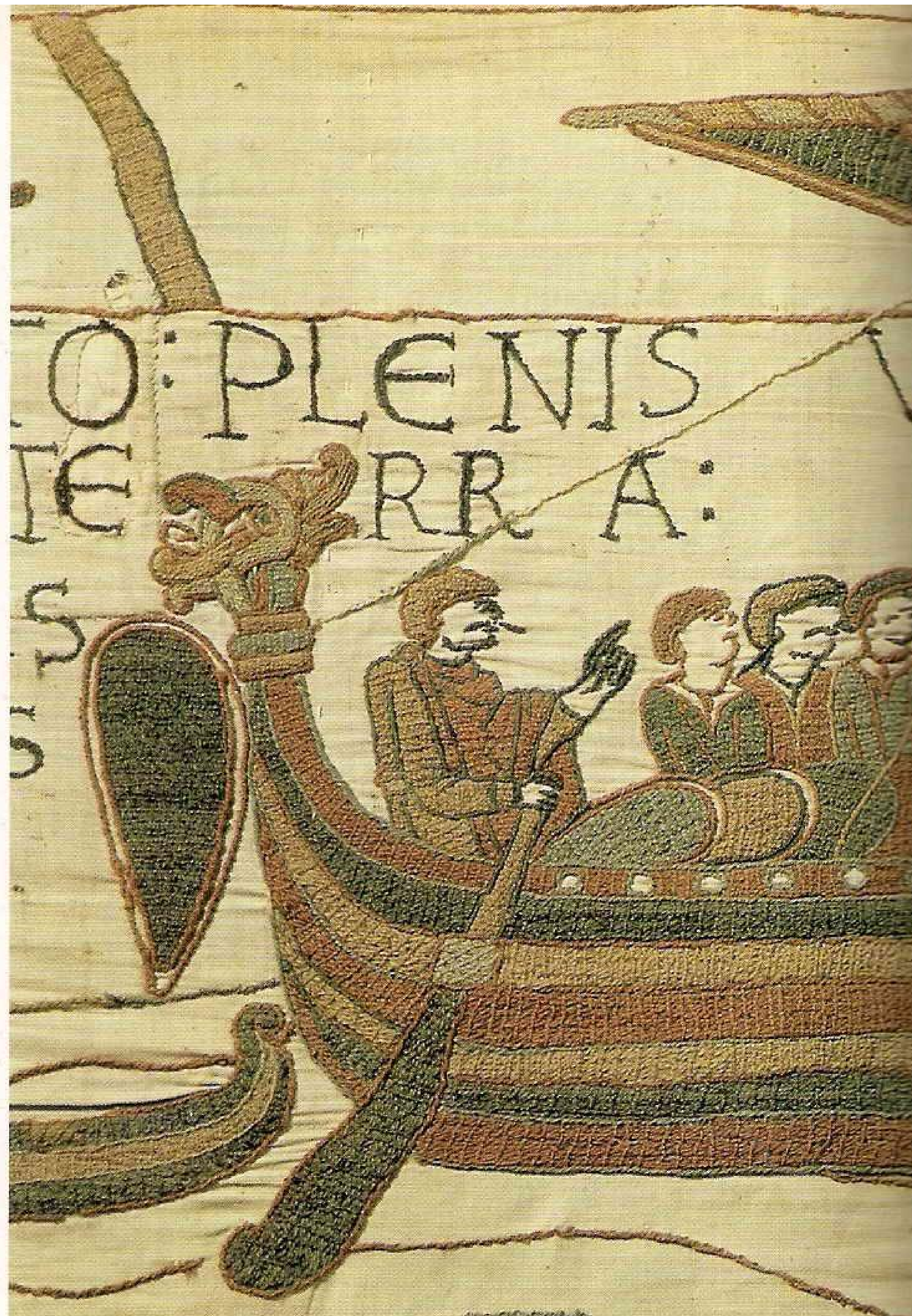
¿Cómo se experimentaba la llegada de esas hordas venidas del extranjero?

El impacto era brutal. No se parecía en absoluto a la situación al fin del Imperio Romano, cuando migraciones de pueblos nómades deseaban integrarse a esa especie de cooperativa de felicidad que era el Imperio. En los siglos X y XI se trataba de saqueadores feroces. Más tarde, en el siglo XIII vinieron otros: los mongoles. Eso fue un espanto. Hubo enorme inquietud en tiempos de San Luis.



Como los vikingos y los húngaros, los sarracenos, es decir, los musulmanes, instalados hacía dos siglos en España, invadieron la Europa carolingia. Sus primeras expediciones a las islas y las costas de Italia datan de 806, 808 y 812. Conservaron Sicilia hasta fines del siglo XII y continuaron amenazando la cuenca del Mediterráneo. Sarracenos a caballo combatiendo en Sicilia. Fresco, fines del s. XIII. Pernes-les-Fontaines, torre Ferrande.

¿Sería capaz la cristiandad de sostenerse ante esas hordas asiáticas? La invasión ingresó en Rusia y se estrelló contra Hungría y Polonia. La detuvieron, pero en 1240 y 1250 provocó intenso pavor en Europa. Se sabía que destruían todo a su paso, como habían hecho antiguamente los hunos y en tiempos más cercanos, antes de integrarse a la cristiandad, los húngaros.



Los normandos, al mando de Guillermo, navegan en drakars de vikingos; van a conquistar Inglaterra en 1066. «Harold navega sobre el mar». Tapiz de la reina Matilde, hacia 1080. Bayona, Museo de los Tapices.

✠ *¿Cómo se desarrollaban estas invasiones? ¿Con cuántos hombres, en qué extensión territorial?*

Consideremos el caso de los vikingos. Llegaron en barcos, remontando el Loire, el Sena, el Garona; penetraban muy lejos en el territorio. Eran unos treinta o cincuenta jóvenes; no más. Les interesaba el botín. Sabían que en los monasterios se podían apoderar de relicarios, de cajas de metales preciosos, de objetos muy tentadores. Y entonces, de paso, secuestraban mujeres y ganado. Pero estos invasores se quedaban a vivir durante la estación mala,



construían campamentos en la desembocadura de un río y allí invernaban. El campamento se convertía en mercado. Entonces se alternaban períodos de agresividad y de tratativas comerciales. Estas invasiones provocaron de este modo un aumento de relaciones comerciales entre el Báltico y los países del mar del Norte. Los normandos aportaban cuero, pieles finas, sin duda también esclavos. Y la gente de Francia les vendía vino.

¿Acaso fueron las invasiones, en cierto modo, las primicias del desarrollo del comercio europeo?

Difuminaron las fronteras entre el mundo pagano del norte y la cristiandad. Destruyeron también lo que había de carcomido en las estructuras de la civilización franca, y pusieron en circulación el oro y la plata de los tesoros de la Iglesia, lo que estimuló el crecimiento económico.

Fue entonces un proceso en dos fases, una agresiva y una de integración...

Sin duda. Los normandos deseaban participar plenamente en la civilización del país donde se instalaban, pero no dejaban de soñar con el pillaje. Los guerreros partieron en seguida desde Normandía a conquistar el sur de Italia y Sicilia. Más tarde conquistaron Inglaterra. De esas regiones trajeron riquezas que permitieron edificar esas obras maestras de la arquitectura románica que son Saint-Étienne de Caen o Saint-Georges-de-Boscherville. Este espíritu de aventura contribuyó mucho a unificar la civilización europea.

¿Cuáles fueron, aparte del comercio, los factores de la progresiva integración de los invasores?

La primera forma de integrarse era hacerse cristiano. A principios del siglo X, el jefe normando Rollon acepta que lo bauticen. Se cambia el nombre y adopta el de su padrino, Robert. Todos los guerreros que lo rodean se sumergen en las aguas bautismales junto con él. Hacia el año mil, el duque de Normandía convoca a un hombre que sabía escribir bien



Respuesta única al infiel: conversión o destrucción. Bautismo forzado de las mujeres musulmanas después de la toma de Granada, que fue el último bastión del dominio árabe en España hasta 1492. Retablo adornado con esculturas, de Felipe de Borgoña. Granada, capilla real de la catedral.

en latín, formado en las mejores escuelas, portador de la más pura cultura carolingia. Le encarga una historia de los normandos. Con ella se puede apreciar cómo sucedió la integración, por lo menos de los aristócratas. Concertaron, con familias del país franco, matrimonios que fueron, con el cristianismo, el factor esencial de la desaparición de la disparidad étnica y cultural. Se empezaba a participar efectivamente en la comunidad del pueblo de Dios apenas se comprendía algo de latín y se empleaba tiempo en construir iglesias dentro de la tradición carolingia.

¿La adhesión al cristianismo era una transgresión difícil o era un acto político para estos pueblos que venían de lejos?

Hace falta ver bien qué era el cristianismo en el año mil. Era un asunto de gestos rituales, de ceremonias.
El bautismo de Rollon es un acto político neto, como la petición, hoy, de la nacionalidad francesa. Fue una formalidad, y se puede pensar que Rollon, en el fondo de su corazón, siempre veneró los dioses del panteón escandinavo. A ellos agregó otra divinidad que podía resultarle útil.

Las invasiones del año mil resultaron un paradójico factor de progreso...

Creo que las últimas invasiones que sufrió Europa constituyeron un verdadero acicate que aceleró extraordinariamente el primer crecimiento europeo, que duró tres siglos. Porque, en efecto, es más productivo romper el encierro, aunque sea violentamente, que ensimismarse.

¿Se conservan testimonios del miedo que inspiraban los extranjeros?

Los cronistas, cuando hablan de los hombres del norte, se refieren al estremecimiento que producían en toda la población. Pero no hay duda de que se ha oscurecido la imagen de los normandos. Devastaban los monasterios donde había riquezas. Los monjes entregan entonces una imagen aterradora de los vikingos... Los normandos, los húngaros y los sarracenos semejan plagas. Se daba el nombre de sarracenos a todos los musulmanes.



En el portal de la abadía de Vézelay están representados los pueblos del extremo del mundo, de los cuales la cristiandad temía una invasión.
Vézelay, basílica Sainte-Madeleine. Detalle del portal lateral derecho, escena de la adoración de los magos, siglo XII.

Venían del Sur, del Magreb, pero especialmente de la España conquistada por los musulmanes, y de las islas Baleares y Sicilia. Durante el siglo X, para saquear a fondo los Alpes, establecieron un destacamento fijo cerca de Saint-Tropez. ¿Eran bereberes, corsos,

Como las peregrinaciones a Roma y Jerusalén, la de Santiago de Compostela desplazó multitudes durante la Edad Media. La leyenda dice que el mismo Carlomagno habría marchado de Aix-la-Chapelle a Compostela. Codex Calixtinus, siglo XII (manuscrito, f° 162 v°). Santiago de Compostela, archivos de la catedral.

sardos? A ojos de los cristianos, los identificaba su negativa a inclinarse ante la cruz. Los franceses de la época veían llegar gente cuya manera de vivir, de alimentarse y de albergarse difería completamente de la suya, gente que hablaba una lengua incomprensible. Los aterraba lo extraño y el peligro. Más tarde, los mongoles, los turcos, aterrorizaron a Europa. Este extranjero distante es el invasor absoluto, engendra más temor que el vecino que agrede. Recuerdo el miedo que inspiraban los soldados tártaros que reclutaron los alemanes durante la Ocupación. Hordas que brotan del Este, multitudes a punto de desatarse: ése era el miedo vivo, permanente.

✠ *¿Había tipos físicos muy precisos en esa época?*

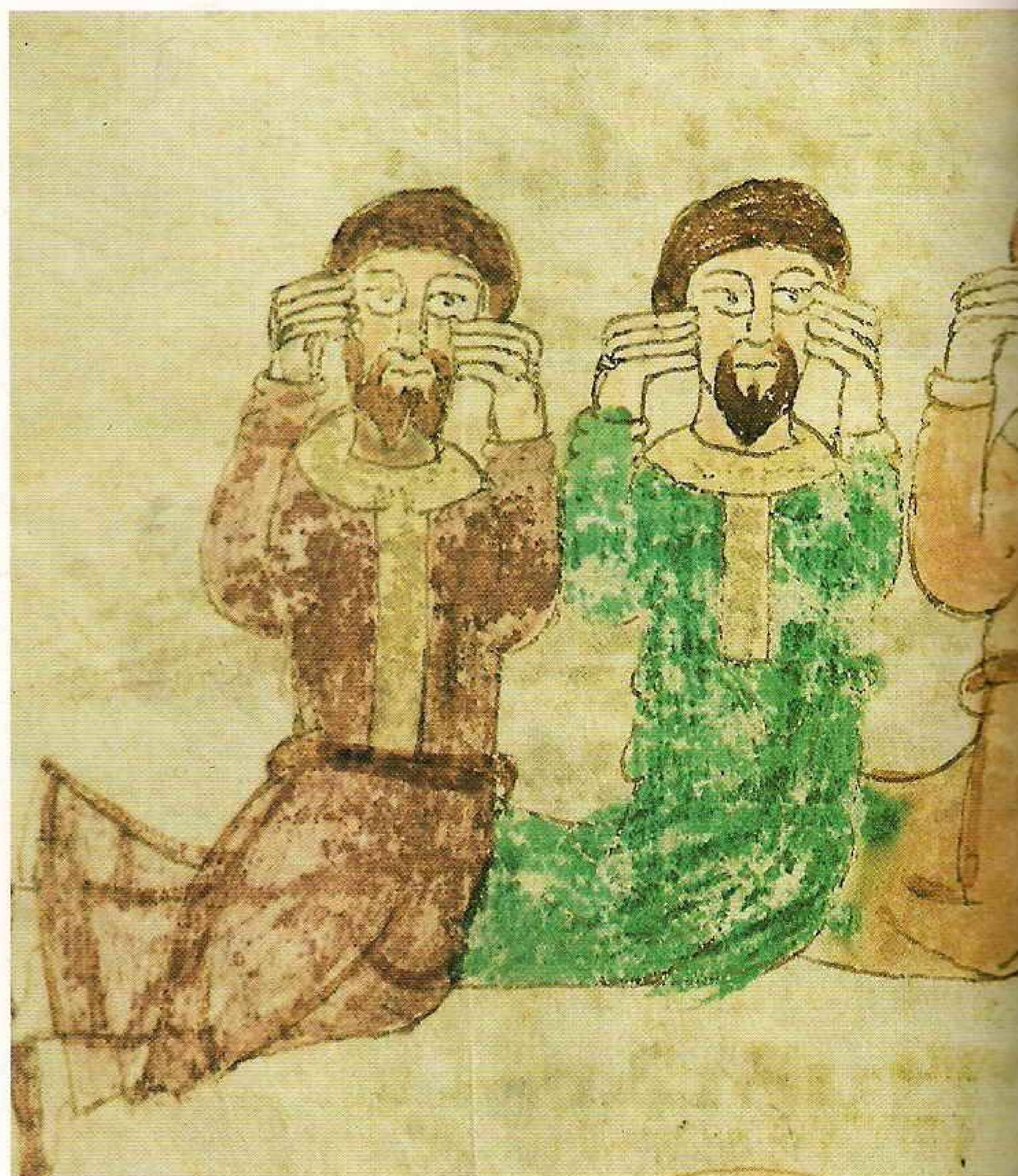
¿Rubios grandes y morenos pequeños? Es muy difícil saberlo. El arte de entonces no es figurativo. Sólo en el siglo XIV aparecen los primeros retratos. Antes, cuando un artista pintaba un rostro se refería a un modelo, no reproducía los rasgos del personaje. Las descripciones físicas de hombres y mujeres, en los textos, son estereotipos. A mí me encantaría conocer el aspecto de Leonor de Aquitania. No lo sabré jamás: no existe una representación fiel. La estatua funeraria de Fontevraud no es realista. De seguro había diferencias físicas entre los hombres; pero no podemos definirlas.



✠ *¿El extranjero era el único que inspiraba temor?*

La desconfianza del otro existía también al interior del espacio francés. Un cronista de Borgoña relata el paso por su país de una tropa de gente que venía de Aquitania; eran occitanos. Conviene leer lo que dice: «¿Qué gente es esta? Son payasos, de túnica demasiado corta, pederastas...» Un caso más de proyección, en el extranjero, del pecado. Se conserva una especie de guía turística, escrita

Las primeras agitaciones de la herejía se manifiestan, según los monjes del año mil, en los tumultos del cosmos que anuncian el fin de los tiempos. Y el reino de Dios se impondrá en la tierra cuando toda la humanidad —judíos, musulmanes y paganos— se convierta. Herejes y judíos que se niegan a escuchar la palabra de Dios. Raban Maur, *De Universo*, 1023. Montecassino, archivos de la abadía.



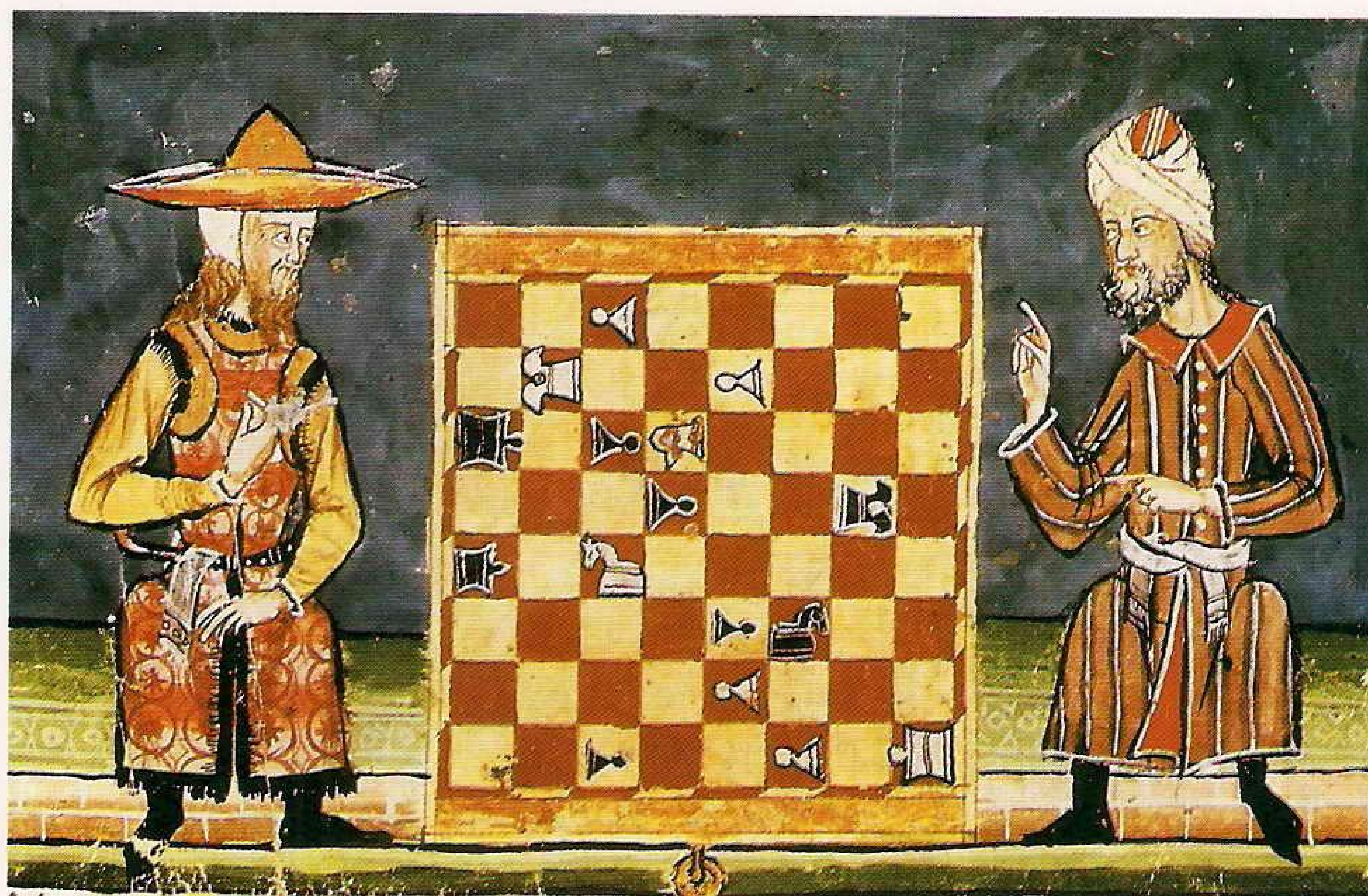
para uso de los peregrinos de Compostela en el siglo XII. Aconseja: pasad por tal ruta; no dejéis, sobre todo, de visitar tal santuario; allí reposan reliquias que sanan; pero, poco después de Bordeaux, vais a ingresar en un país, el País vasco, donde la gente no se expresa como seres humanos sino que ladra como los perros. La sensación de ser un extranjero se manifestaba, entonces, apenas uno franqueaba los límites del pequeño país propio. Sin embargo, ya existe también el extraño absoluto. Es quien no pertenece a la comunidad



cristiana, el pagano, el judío, el musulmán. A esos extranjeros o bien se los debe convertir o bien se los debe destruir. Porque el reino de Dios debe implantarse sobre la tierra, y no se establecerá mientras toda la humanidad no se haya convertido al cristianismo. Eso decía San Luis, modelo de santidad. Y cuando le preguntaban «¿no podríamos discutir con los musulmanes, con los judíos?», respondía: «Con esa gente sólo hay un argumento: la espada. ¡Hay que hundirles la espada en el vientre!»

¿En esta época aparecen los primeros ghettos judíos?

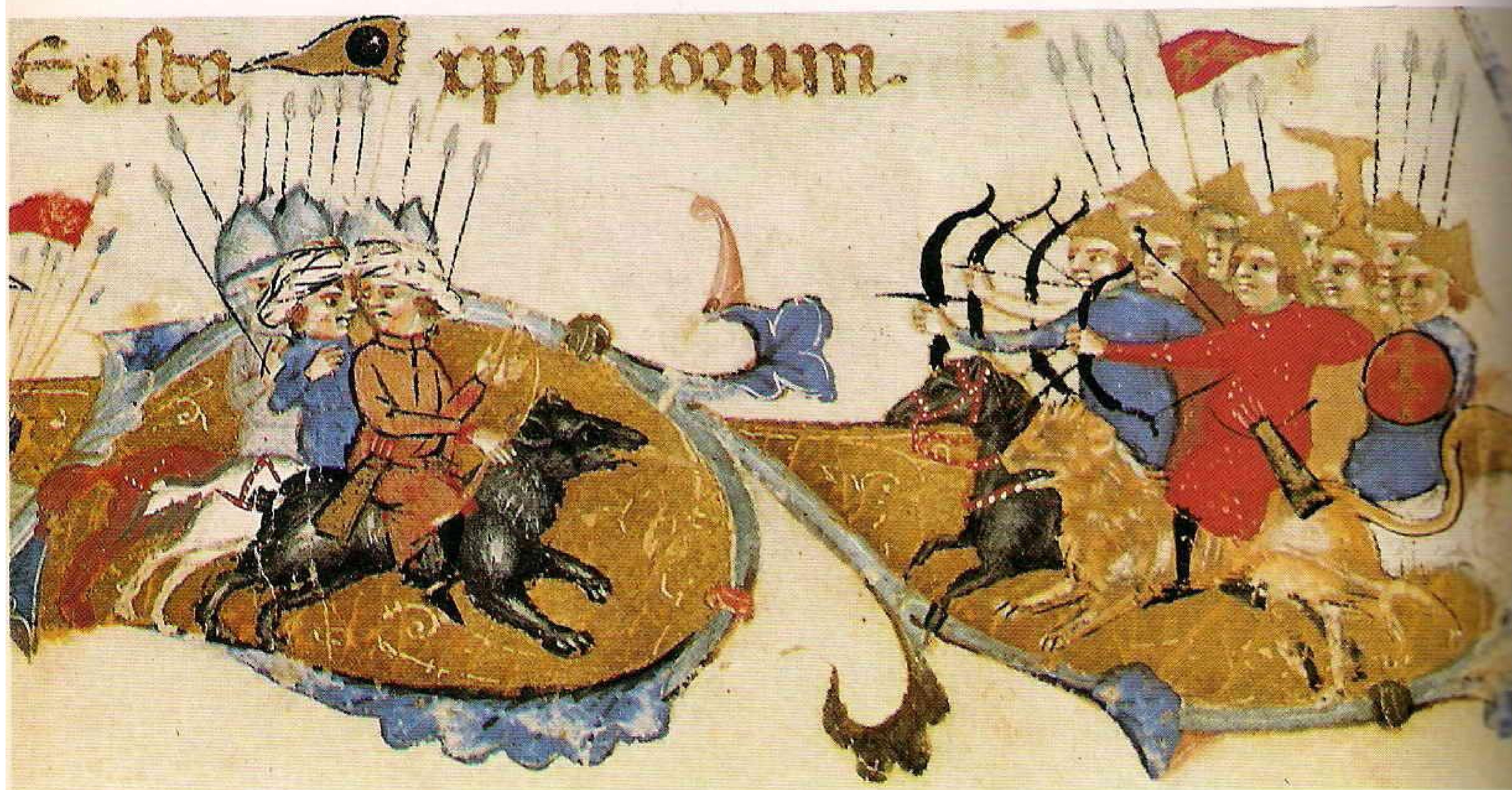
Los judíos vivían juntos en barrios precisos. En el siglo XIII los obligaron a diferenciarse de los demás por el vestido; debían colocarse una insignia. La historia del antisemitismo, que entonces empieza a formarse, es compleja.
Durante mucho tiempo hubo coexistencia sin demasiada agresividad. Esta apareció, con expulsiones y pogromos, apenas comenzó a agotarse la expansión económica. Dijeron que las comunidades judías, especializadas en el comercio del dinero y en el préstamo a interés, bebían la sangre del pueblo. Así, en tiempos de la gran peste, en el siglo XIV, responsabilizaron al judío por las desgracias. Ya lo habían tratado como a enemigo cuando las cruzadas, a fines del siglo XI. Los cruzados masacraron comunidades judías de las ciudades del valle del Rin. Las gentes de la zona intentaron protegerlas. Los obispos de Colonia, de Maguncia y de Tréveris hicieron cuanto pudieron por evitar las masacres; sin embargo no lograron detener el fanatismo, el entusiasmo sanguinario de los que marchaban a liberar la tumba de Cristo. «Cristo ha muerto; los judíos lo mataron», decían los cruzados. Entonces había que matar judíos. Pero durante el siglo XII y el XIII, intelectuales judíos y cristianos, en París, Ruán y Troyes, no cesaron de dialogar. Poseemos testimonios de perfecta solidaridad entre hombres sabios de religiones diferentes.



✠ *La gente viajaba mucho en la Edad Media, sin embargo. ¿Estos movimientos no favorecían una mayor tolerancia para con los extranjeros?*

Alfonso el Sabio, rey de Castilla, y el emperador Federico II, rey de Sicilia, acogieron judíos y musulmanes. Judío y árabe jugando ajedrez. Manuscrito hecho a pedido de Alfonso el Sabio, *Libro de los Juegos*, 1283 (f° 63 r°). España, biblioteca del Escorial.

Esta movilidad fue la que permitió que se constituyera la nación francesa... Durante mucho tiempo, Francia estuvo cortada en dos, entre la gente del Norte y la del Mediodía. El límite estaba al sur del Loire. En Bordeaux se sentían bastante próximos del Norte, mientras que en Clermont o en Toulouse les parecía estar muy lejos. La cruzada contra los albigenses, en el siglo XIII, no arregló las cosas. La gente del Mediodía consideró la llegada de los del Norte como una devastadora invasión extranjera, y recrudeció entonces el nacionalismo occitano. Pero la verdad es que poco a poco fue menguando la hostilidad entre las diferentes etnias gracias a los viajes y a los



En el siglo XI la Iglesia llamaba a los caballeros a combatir, prometiéndoles el perdón de sus pecados. Este es el origen de las cruzadas en defensa de los cristianos oprimidos. Cristianos y musulmanes. Manual «Secreta fidelium crucis» para un joven aspirante a cruzado, por Marino Sanudo, siglo XIII (f° 4: partida de la cruzada). Venecia, biblioteca Marciana.

contactos. En Siria y Palestina se produjo una especie de cohabitación entre cruzados y musulmanes. Durante el sitio de San Juan de Acre, por ejemplo, se organizaron torneos entre Ricardo Corazón de León y Saladino, tal como hoy se organizan partidos de fútbol entre el Madrid y el Milán. Paulatinamente, todos se iban conociendo y respetando. Dice un señor musulmán, en sus *Memorias*: «Los francos no son tan malos... Es cierto que tienen sus propias costumbres: llevan a sus mujeres, por ejemplo, a la guerra, lo cual no es conveniente; pero, en suma, son gente de bien, saben lo que es el honor». Los cristianos que no eran fanáticos pensaban lo mismo.

¿La existencia del vasto Sacro Imperio Romano Germánico no creó la sensación de una comunidad?

Europa nunca ha estado más unida que en los siglos XII y XIII. Esta unidad provenía de que los europeos de la época tenían la sensación de constituir un solo pueblo, el pueblo cristiano, al cual controlaban, en el nivel institucional, dos potencias superiores, la del papa y la del emperador. Los países, pequeños, celosos unos de otros y muy divididos internamente, se sentían unidos en un conjunto superior que los englobaba. Si leemos, por ejemplo, una crónica de Amboise en el siglo XII, notamos que esos habitantes tenían conciencia de formar una nación y consideraban que los de Angers y Blois formaban otra. Había gran diversidad de dialectos locales, y sin embargo la gente se entendía. Todo el mundo comprendió a santo Domingo, un español, cuando fue a predicar a Alemania. La cristiandad latina constituía la comunidad esencial cuya armadura era la Iglesia, una Iglesia centralizada y con universidades donde gran número de personas enseñaba un mismo saber en una lengua común, el latín. La aristocracia, por su lado, se vinculaba por alianzas matrimoniales. No obstante, a partir del siglo XIII y debido al crecimiento material, se fortalecieron los Estados. Las guerras se multiplicaron entonces al interior de Europa, que empezó a ser infectada por el nacionalismo, ese veneno. La guerra se tornó casi continua. La gente vivió la Guerra de los Cien Años como un combate perpe-

tuo contra los ingleses, enemigos insoportables porque invasores. Pero ya se estaba al final de la Edad Media.

✠ *Cuando hoy se piensa en el miedo al otro, se está pensando en todas las poblaciones que tenemos tan cerca, en Africa, en el Este, y este miedo es a una inmigración masiva...*

La gran diferencia nuestra con la Edad Media es que Europa no era, en la época feudal, como hoy, una zona poco poblada a la que rodeara un área exterior llena de gente capaz de precipitarse en ella. Por el contrario: Europa se encontraba en plena progresión demográfica, en plena expansión, y desbordaba. De hecho, y muy pronto, se extendió hacia el Este, hasta el extremo del Báltico, con la cristianización de las tribus eslavas, paganas. Y avanzó hacia el sur con la reconquista de España, con la liberación del sur de Italia y Sicilia, con el establecimiento, temporal, en el Magreb. Hubo incluso un ensayo de expansión más amplio, hacia Constantinopla, que fue conquistada, y hacia Tierra Santa, a Siria y Palestina. Los europeos de esos tiempos jamás se sintieron amenazados por una ola demográfica proveniente del exterior. La sola excepción: las hordas de mongoles que venían desde los confines del Asia trayendo consigo el miedo.

Siempre se creyó en el siglo XIII que había que purgar al pueblo de Dios de cuerpos extraños y funestos cuya presencia podía infectar a los fieles. Se adoptaron medidas de exclusión, en particular contra los judíos, a quienes se creía culpables de la muerte de Cristo. «El rey de Egipto se inquieta, junto con sus súbditos, por la multiplicación de judíos».
Biblia latina de la abadía del monte Saint-Éloi, siglo XIII (f° 16 r°: el éxodo). Arras, biblioteca municipal.

in loculo in egypto. Incip
ciet exodus dicitur. L



et su
isrl' q
egypt
guli c
introi
symeo
ysach

beniamin. dan. et neptal
Erant igitur omnes anime eorum q
femore iacob. lxx. Joseph a
erat. Quo mortuo. et univ
omniq; cognatione sua. fili

La xenofobia contemporánea integra el temor a una pérdida de identidad cultural. ¿Existía ese sentimiento en la Edad Media?

En esto también hay una gran diferencia. La Europa de la expansión, la Europa del año mil, joven, que se lanza al asalto de otras regiones del mundo, está, ante las civilizaciones del Sur, la bizantina y la islámica, en situación de inferioridad.

Europa no tuvo que evitar la contaminación de una cultura exterior. Se alimentó, en cambio, de cuantas la rodeaban, mucho más ricas. El desarrollo intelectual y técnico de Europa en el siglo XII se apoya en lo que los conquistadores cristianos hallaron en las bibliotecas árabes de Toledo y Palermo. Los árabes habían recogido la herencia de la ciencia y la filosofía griegas, que los romanos desdeñaron, y en sus libros descubrieron los europeos a Euclides, a Aristóteles, la medicina, la lógica, a Ptolomeo. Se lanzaron sobre esos tesoros tal como nosotros sobre determinados productos de la cultura de Estados Unidos. Europa tenía entonces vigor bastante para crear su propia cultura con lo que tomaba de otras regiones.

También resultaba deseable el extranjero. Constantinopla, por ejemplo, atraía a los europeos...

Por cierto, y también España. El Mediterráneo era un mundo maravilloso. Los cruzados no se habrían lanzado con tanto entusiasmo a una aventura tan peligrosa si no hubieran sabido que al término del viaje encontrarían soberbias mujeres, perfumes, sedas y perlas. La mayoría



Poco a poco, los cristianos europeos instalados en Oriente y los musulmanes aprendieron a conocerse, y la diplomacia reemplazó a menudo a la guerra.
Duelo entre un cruzado y un moro. Vercelli, mosaico de la iglesia de Santa María Mayor.

no regresó, pero todos partieron fascinados por ese espejismo.

Allí se invirtieron los papeles. Los europeos eran ahora los invasores, los bárbaros. Cuando el Emperador de Constantinopla los vio llegar, tuvo miedo, mucho miedo.

El miedo al otro también era miedo al marginal...

En esta sociedad había, por cierto, excluidos, gente que no podía soportar esos límites. Porque esa sociedad resultaba sumamente apretada y aglutinante. Consecuencia: el individuo queda completamente englobado en una comunidad de la cual no puede apartarse. Y había personas que no soportaban este encierro y que decidían marcharse. En los campos se podía ver entonces a gente de las aldeas y a gente de los bosques; estos últimos, establecidos en la espesura que tanto lugar ocupaba en el paisaje. Era el sitio de la libertad, de la independencia, un espacio poblado de personas que vivían con mayor pobreza, pero que disfrutaban del privilegio de ser libres e independientes. Había, pues, marginales, y también los había en las ciudades, que asustaban a quienes vivían satisfechos en la comunidad cerrada. Y en esto las crónicas nos ofrecen otra vez testimonios esclarecedores: un señor, el conde de Anjou, va de cacería. Es la ocupación principal de los señores feudales, también del rey de Francia. Se aparta de sus compañeros mientras persigue una bestia salvaje; se pierde en el bosque. Tropieza con un hombre negro, peludo, que apesta a jabalí. Es un carbonero que vive en la espesura. Primera reacción del conde: el miedo. Está a punto de matarlo o de luchar con él sin saber si podrá dominarlo; pero se contiene y le pide que le muestre la salida; empiezan a caminar juntos.



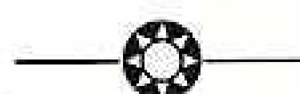
El hombre medieval vive en el seno de una familia, de un grupo, y se sospecha de los solitarios, se los considera locos o criminales. La única excepción entre los marginales son los eremitas, sabios que han tenido el coraje de retirarse a los bosques para expiar sus pecados. *La Vida de los padres*, siglo XV (manuscrito 5216, f° 15). París, biblioteca del Arsenal.

Mientras avanzan, el conde de Anjou interroga a este «salvaje» que lo acompaña: «¿Qué piensas de ese tipo, ese conde de Anjou que nos domina, qué te parece? ¿Crees que es buen hombre?» Y el otro le dice: «Sí, no está mal, ¿pero por qué nos impone tantos impuestos, por qué no envía a la horca a todos los recaudadores?» Se advierte aquí el recelo ante el hombre del bosque, que se nos muestra como un ser peligroso; pero es también el buen salvaje a quien se recurre para tratar de ver con más claridad en la vida. Es el caso de los eremitas que se retiran a la floresta. En las novelas de caballería, el eremita tiene la función de persona que apacigua, que reconcilia. Tristán e Isolda encuentran a uno en el bosque, cuando vagaban, perdidos y marginados,

para vivir su amor con independencia; les dice: «No, no está bien, hace falta que...» Y los conduce, poco a poco, a abandonar el pecado. Así eran los marginales.

¿En la Edad Media estaban más protegidos que hoy algunos grupos sociales?

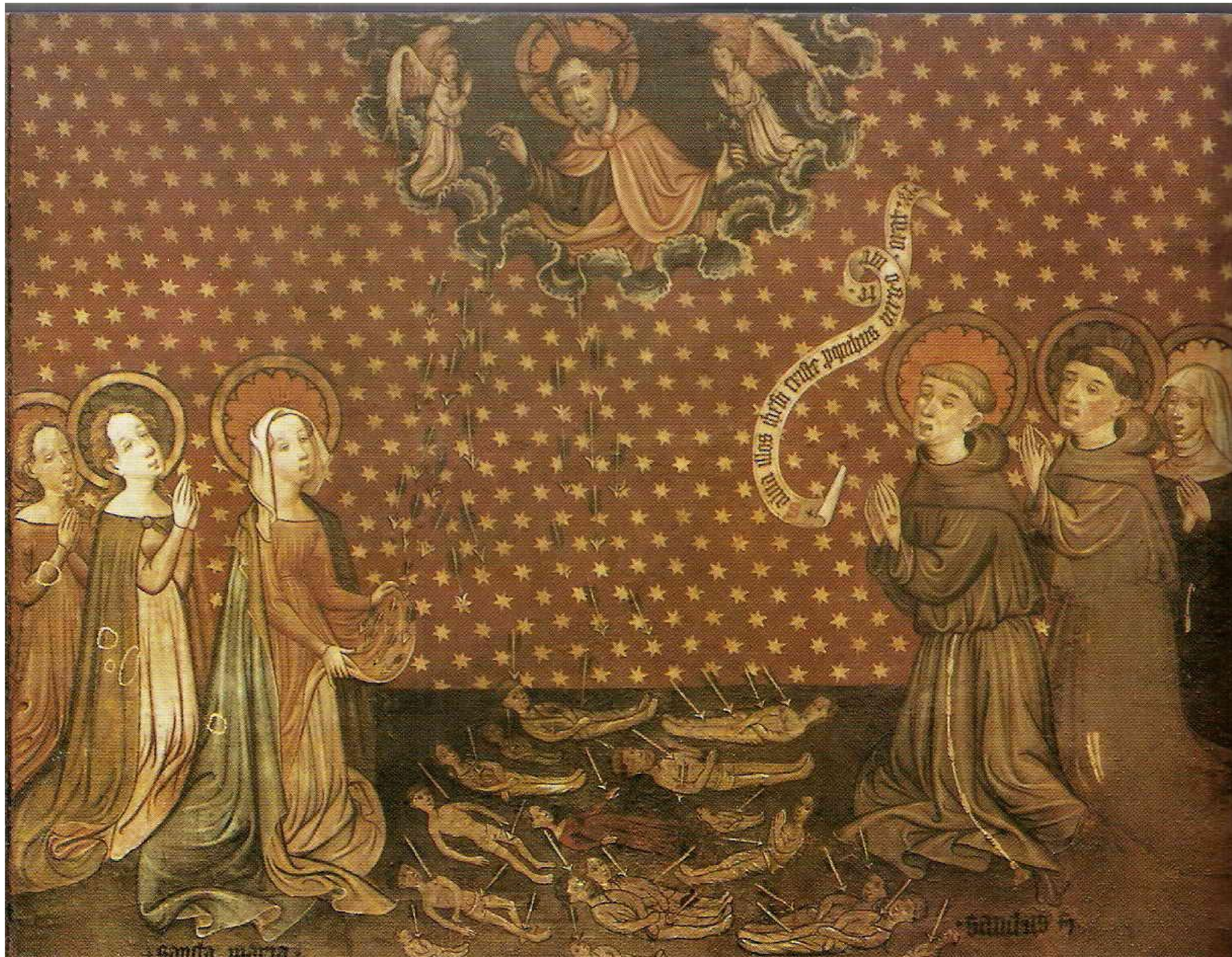
En la Edad Media no encerraban a los locos. Había la idea, como en los países musulmanes, de que el loco es hombre de Dios, un ser que en cierto sentido participa del conocimiento de las cosas invisibles. Había que respetarlo, no apartarlo. A los ancianos, por otra parte, no los encerraban en morideros, como hoy. La gente terminaba su vida al interior del grupo, dentro de la familia. No los relegaban, como en nuestra sociedad, para que perecieran lejos de la mirada de los demás.



Codex Calixtinus, siglo XII (manuscrito, f° 162 v°). Santiago de Compostela, archivos de la catedral.



el miedo *a las epidemias*



Los pintores representaban los asaltos de la peste con una lluvia de flechas asesinas. Así, en esta pintura de *c.* 1424, Cristo envía desde el cielo las flechas de la peste, que golpean los cuerpos precisamente donde aparecen los bubones. *Cristo lanzando flechas de la peste*, pintura sobre madera, anónimo, 1424. Hannover, Niedersachsisches Landesmuseum.

El fuego del mal ardiente quema a las poblaciones del año mil. Una enfermedad desconocida provoca un terror inmenso. Pero aún no llega lo peor: la peste negra devasta Europa y liquida un tercio de su población durante el verano de 1348. Como el Sida para algunos, esta epidemia se vive como castigo del pecado. Se busca entonces víctimas propiciatorias, y se encuentra a judíos y leprosos; se los acusa de envenenar los pozos. Las ciudades se repliegan,



En los años ochenta se propagó el Sida, esta nueva peste. Algunos han pensado, sin duda, que el Cielo estaba castigando el pecado. En todo caso, ante el nuevo mal, han reaparecido los reflejos de antaño: el miedo a los otros. Jornada de la desesperanza, organizada por Act Up, 21, mayo, 1994.

prohíben que ingrese el extranjero, sospechoso de contagio. La muerte está en todas partes, en la vida, el arte, la literatura. Pero los hombres de la época temen otra enfermedad, la lepra, que se considera propia de perversión sexual. Sobre el cuerpo de esos desgraciados se reflejaría la podredumbre de sus almas. Aíslan y encierran entonces a los leprosos, rechazo radical que recuerda algunas actitudes para con el Sida.

El mundo teme todavía las epidemias. ¿Cuál era la realidad en el año mil?

En primer lugar conviene tener presente que el estado sanitario era comparable al del Africa en 1900. La población estaba defendida contra las miasmas por su sistema inmunitario y quizás se encontraba mejor protegida que nosotros contra las infecciones. Los medios para mejorarse eran, en cambio, escasos, y se alimentaba mal. La epidemia que preocupa a los cronistas del año mil es el mal de los ardientes, el fuego de San Antonio. Hoy sabemos que era una enfermedad por carencia, que provocaba el consumo de tizón de centeno incluido en la harina. En 997, así lo describe un cronista, dramatizando: «Es un fuego escondido que ataca un miembro, lo consume y lo despega del cuerpo. Esta horrible combustión devora completamente a los hombres en el curso de una sola noche». Desconocían la causa y el remedio. Probaban todo. El cronista refiere que los obispos de Aquitania se reunieron en una pradera, cerca de Limoges. Habían traído reliquias de santos, el cuerpo de san Marcial y de varios otros. Y el mal cesó de súbito. Todo esto es muy significativo. El terror es inmenso ante un mal desconocido. Lo sobrenatural es el único recurso. Se solicita gracia al cielo y se extrae de sus tumbas a los santos protectores. Poco más tarde, en París, donde había una enfermedad desconocida que no sabían cómo curar, pasearon por las calles el catafalco de santa Genoveva. Olas de muer-

te invadían todo y después retrocedían tan misteriosamente como habían llegado, y esto no era así por la intervención de san Marcial, sino porque el cuerpo humano había aprendido a defenderse. Había epidemias, muertos, muchos muertos, durante algunos días o algunos meses; pero no se puede hablar de catástrofes sanitarias antes del siglo XIV. En ese momento se produjo un acontecimiento considerable: la devastación espantosa en toda Europa que provocó la gran peste, la peste negra.

✠ *¿Cómo avanzó la peste por Europa?*

Se trasmitía esencialmente por intermedio de parásitos, sobre todo por las pulgas y las ratas. Era una enfermedad exótica, contra la cual el organismo de los europeos carecía de defensas. Vino desde el Asia, por la ruta de la seda. La epidemia, esa catástrofe, es también, entonces, efecto del progreso, del crecimiento. Se había desarrollado el comercio europeo, los comerciantes genoveses y venecianos iban a negociar hasta los confines del mar Negro, y allí entraban en contacto con los mercaderes del Asia. Uno o varios navíos trajeron el germen de la peste al Mediterráneo desde Crimea, donde había almacenes genoveses. Hicieron escala primero en Sicilia, y el sur de Italia se contagió en 1347. La enfermedad, en seguida, se introdujo en Avignon vía Marsella. Pero

Páginas siguientes.
En las ciudades devastadas por la peste, ya no es posible enterrar a los muertos.
Se los tira, sin un lienzo siquiera, en fosas cavadas de prisa.
La Peste en Lovaina en 1578.
Anónimo.
Lovaina, museo comunal.




1578



«Vi dos, sentados, apoyados entre sí como sartén contra sartén sobre las brasas, de costras salpicados de cabeza a pies [...] y cómo se rascaban con las uñas el impiadoso escozor que su piel sufría». Dante, *Divina Comedia*, Infierno, Canto XXIX. Escuela veneciana, siglo XIV. Venecia, biblioteca nacional Marciana.

Avignon, en 1348, era la nueva Roma. Allí residía el papa. Y ya sabemos: todos los caminos conducen a Roma; pero también todos de allí empiezan. Y la enfermedad se extendió desde Avignon de manera fulminante casi por todas partes. Solamente algunas provincias quedaron al margen; no muchas. Parece (pues no existen estadísticas) que durante el verano del año 1348, entre los meses de junio y septiembre, sucumbió casi un tercio de la población europea. Imaginemos toda la región actual de París: doce millones de personas; un tercio,

Hipócrates afirmaba que las miasmas infectan el aire y que hay que encender fuego en las calles para destruirlas. Recurrieron entonces al fuego purificador, totalmente inútil en tiempos de peste. Hipócrates, grabado de la página titular de las Obras completas. Venecia, 1588. París, biblioteca de la antigua facultad de medicina.



cuatro millones de muertos en tres meses... No se sabía donde ponerlos. Uno de los problemas era enterrarlos. No había más madera para fabricar ataúdes. ¿Cómo resistir? En esta época, la medicina y la cirugía habían conseguido una gran calidad. Hay, entonces, testimonios de médicos. Tienen alguna noción del mecanismo de la contaminación. Saben que el aire viciado propaga las miasmas. Por ello, aconsejan quemar hierbas aromáticas en las calles. Pero ignoran que es necesario evitar la plaga de pulgas. Y aquellas categorías

sociales que vivían con mayor limpieza, es decir, los ricos, fueron quienes menos padecieron. Pero, por ejemplo, en el convento de Montpellier no se lavaban demasiado; había allí cuarenta y cinco franciscanos; todos murieron. Nada hay que se pueda comparar con el impacto espantoso de la peste de 1348, a excepción, quizás, de la distante invasión de los mongoles o del actual Sida en algún país del Africa.

¿Cuáles fueron las consecuencias de la peste negra?

Cuando de súbito desaparece un tercio o la mitad de toda la población, las consecuencias sociales y mentales son enormes. Quedan muchos menos para repartirse los bienes, las herencias, las fortunas. La epidemia provocó un auge generalizado del nivel de vida. Alivió a Europa del exceso de población acumulado. Durante medio siglo, la peste continuó en estado endémico. Regresó cada cuatro o cinco años hasta principios del siglo XV, lapso en el cual los oganismos humanos finalmente consiguieron desarrollar anticuerpos que les permitieron resistir. En cada intermedio, la vida recupera su belleza. Durante los años de peste, los archivos de los notarios se van llenando de testamentos y, no bien retrocede la enfermedad, de actas de matrimonio. Me parece que las repercusiones del impacto son más visibles en el ámbito cultural. En el arte y en



El libro de cuentas de Siena, de 1437, recuerda el paso de la peste entre junio y diciembre; dicen los cronistas: «provoca gran mortalidad y muchos ciudadanos han muerto». Giovanni di Paolo representa la peste en este monstruo horrible que lanza flechas. *Triunfo de la muerte*, detalle de una miniatura atribuida a Giovanni di Paolo (f° 164 r°), *c.*1431 ó 1450. Siena, biblioteca municipal.

la literatura se instala lo macabro. Se multiplican imágenes trágicas de esqueletos y danzas de la muerte; ésta, pulula.

¿Se puede comparar el miedo a la peste con el miedo al Sida?

Si uno se pregunta por lo que puede acercar miedos de hoy y miedos de antaño, tal vez en esto se pueda encontrar el paralelismo más estrecho. Porque, tal como en el caso del Sida, todas las epidemias y la peste negra en parti-



La peste se consideró castigo divino y se buscaron víctimas propiciatorias.
En judíos y leprosos cristalizaron los miedos latentes y ellos padecieron el estallido de la violencia.
«Retrato abominable de Aldrui d'Orsa, infame responsable de la pestilencia de Milán».
Frontispicio de la sentencia del proceso contra los propagadores durante la peste de Milán en 1631.

cular se consideraron como castigo del pecado. En plena desesperación, se buscaban responsables y víctimas propiciatorias: fueron los judíos y los leprosos. Se dijo que habían envenenado los pozos. Y así se desencadenó la violencia contra unos hombres que parecían los instrumentos de un Dios vengador que azotaba a sus criaturas con esa enfermedad.

¿Engendraron esas enfermedades algún progreso en las técnicas médicas? ¿Se miró de otro modo a los enfermos?

No creo que hubiera progresos terapéuticos durante el mal de los ardientes. El caso de la peste negra parece distinto. Se adivina algún progreso en los conocimientos de la medicina. Se manifiesta, sobre todo, un aumento de los deseos de ayudar a quienes sufren. Las gentes se ofrecen de buen grado para enterrar a los muertos y cuidar a los enfermos. Saben que arriesgan la vida, pero lo hacen. Se afirmaron los lazos solidarios ante la calamidad.

¿Ayudó la peste a mejorar la higiene?

Parece que no. Pero la población del siglo XIII era más limpia que la del siglo XVII. Los compañeros de San Luis se bañaban más que los de Luis XIV. La higiene mejoró en el siglo XIV, por efecto del mejor nivel de vida y cuando se adoptó la costumbre de llevar ropa interior. Aparecieron camisas lavables. Pero no se terminó la miseria. ¡Difícil protegerse de ella! Toda una fauna parasitaria cohabitaba con la espe-

cie humana y este ecosistema de hombres y bestias favorecía el contagio.

¿Se informaba la gente del desarrollo de una epidemia? ¿Sabía, por ejemplo, que había llegado a Europa antes de que alcanzara su región?

Por supuesto. La movilidad de la población era grande. Muy pronto se supo en Avignon que en Marsella morían como moscas. Clausuraron las puertas de las ciudades. Se encerraron para protegerse. Eso intentan los jóvenes que Boccacio imagina en el *Decamerón*. La peste ataca Florencia y algunos jóvenes de buena familia se aíslan en el campo para divertirse a la espera del fin de la epidemia. La gente se protegió así hasta el siglo XIX. Giono se informó cuidadosamente sobre la epidemia de cólera de 1832 para escribir *Le Hussard sur le toit*. Era lo mismo. Las ciudades se replegaban sobre sí mismas, evitaban a los extraños, pues se sospechaba que llevaban consigo la corrupción.

¿Había autoridades que los aconsejaran?

Se conservan los registros de deliberaciones de asambleas municipales de ciudades y aldeas del sur de Francia donde ya en el siglo XIV había organismos responsables de la vida colectiva. Los consejos municipales de la época adoptaron medidas para luchar contra la invasión de la enfermedad. Pero son, sobre todo, disposiciones para encerrarse tras las murallas y prohibir el ingreso de extranjeros.

¿La lepra era un caso aparte? ¿El miedo al contagio hizo que aislaran a los leprosos?

Se llamaba «lepra» a muchas enfermedades. Cualquier erupción de granos, la escarlatina por ejemplo, toda afección cutánea pasaba por lepra. Y había, respecto de la lepra, un terror sagrado: los hombres de esos tiempos estaban convencidos de que la podredumbre del alma se reflejaba en el cuerpo. Consideraban que el leproso, por su mero aspecto corporal, era un pecador. Desagradaba a Dios y su pecado le surgía en la piel. Todo el mundo creía, también, que al leproso lo devoraba el apetito sexual. Era imperativo aislar a estos chivos expiatorios. Así que la lepra, mal que no se sabía curar, parecía signo distintivo, como hoy puede serlo el Sida, de desviación sexual.

Comparar el miedo de ayer y de hoy a las pestes parece más pertinente en el caso de la lepra...

En efecto: se encerraba a los leprosos tal como Le Pen sugirió que se encerrara a los enfermos de Sida. Pero Francisco de Asís encontró a Cristo en un leproso que se cruzó en su camino y a quien tomó en sus brazos. Había santas mujeres en el norte de Francia que consagraban su vida a bañar y a cuidar a los leprosos. Junto a cada leprosario vivía un grupo de cristianos inflamados de compasión. En fin, esta enfermedad se propagaba de modo más equitativo que la peste. No infectaba sólo a los pobres. Hubo hasta un rey leproso, Balduino de Jerusalén.

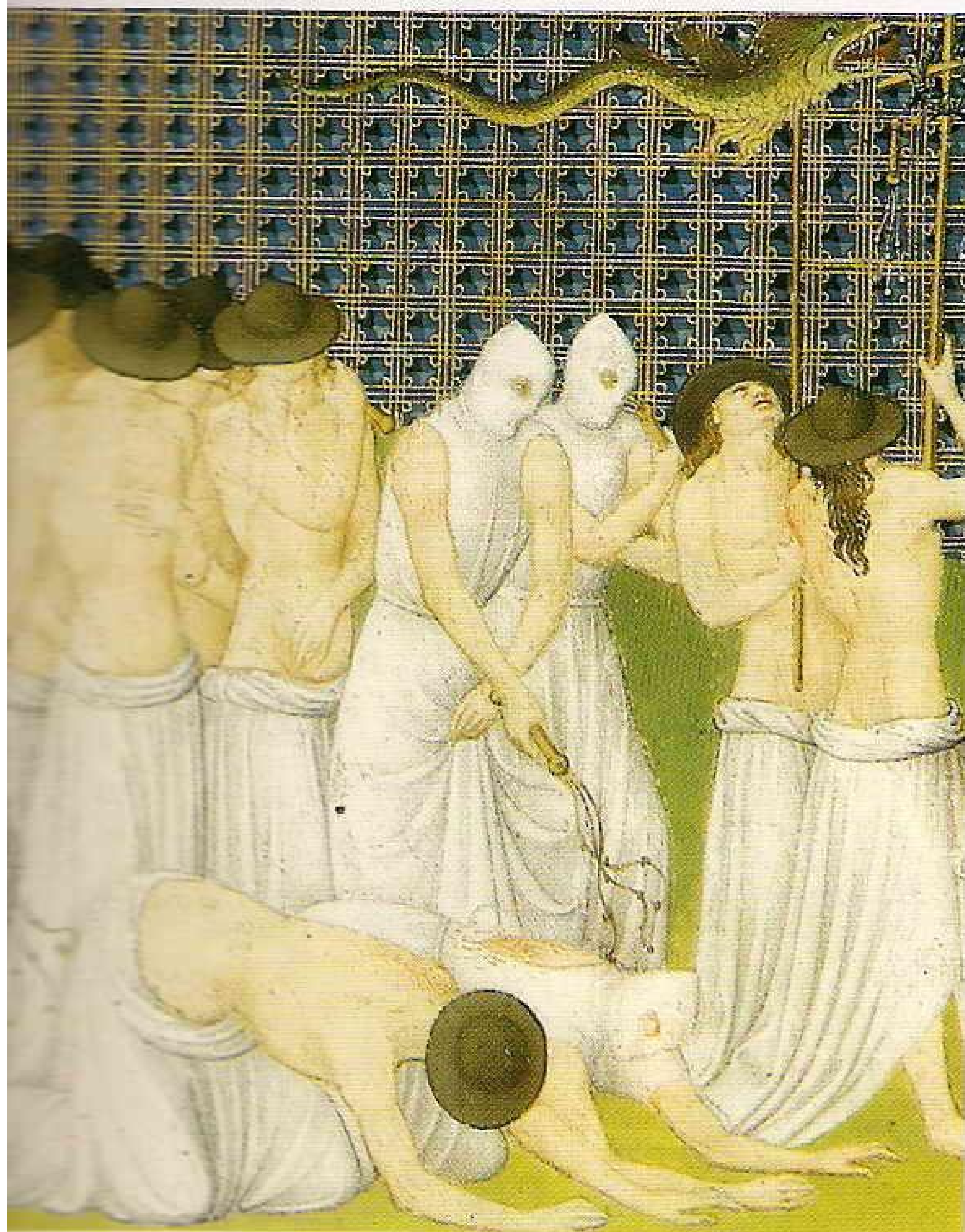
La peste, en Roma.
Los hermanos Limbourg pintaron, *c.* 1410, estas miniaturas que ilustran la vida de san Gregorio. *Les Belles Heures* de Juan, duque de Berry. Su estadía en Bourges, en la corte del duque, les resultó fatal: los tres murieron a principios de 1416, unos meses antes que su protector.



El papa Gregorio anuncia, desde la cátedra de San Juan de Letrán, su decisión de ordenar una gran procesión.



Después se le ve llegar ante el mausoleo de Adriano (que más tarde adoptará el nombre de castillo de San Angelo).



La tercera miniatura muestra flagelantes; sin embargo, en esa época no existían.

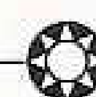


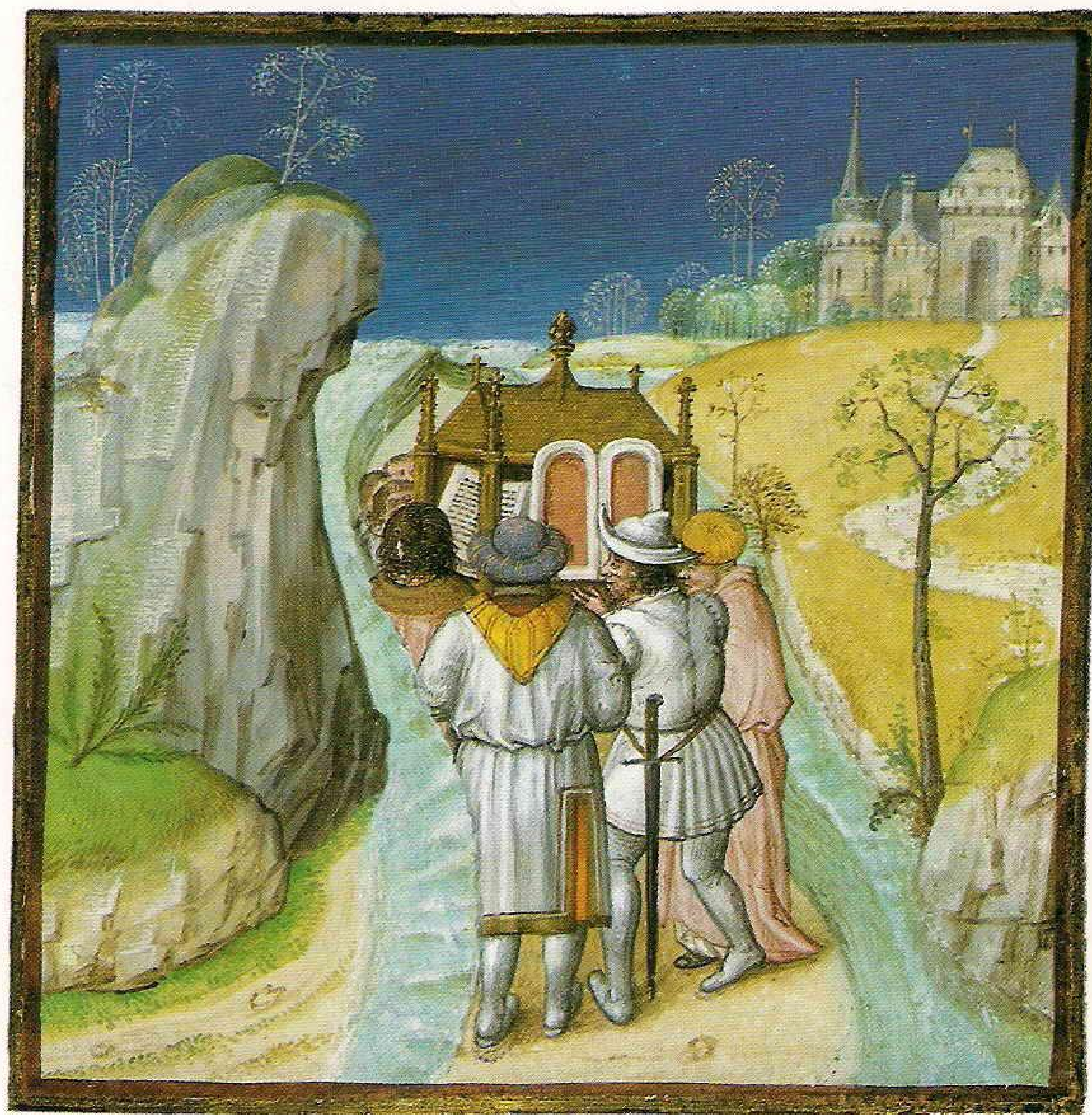
En la cuarta, varios cadáveres son arrojados en una fosa al pie del castillo de San Angelo. Miniaturas de los hermanos Limbourg, *Les Belles Heures* de Jean de Berry, 1410. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art, The Cloisters Museum.



A mediados de los años 80, cuando aún no se conocía bien el Sida, señalaban con el dedo a las comunidades homosexuales y a los drogadictos. Hoy se advierte que nacen nuevas solidaridades en torno a esta enfermedad...

Creo mucho más en un impulso generoso, de ayuda colectiva, ante el Sida que ante la miseria material. Cuando hay inquietud, caen algunos tabúes. Aunque se manifiesten, solapados, los reflejos de autodefensa, de repliegue, de miedo al enfermo, los deseos perversos de apartarlo.





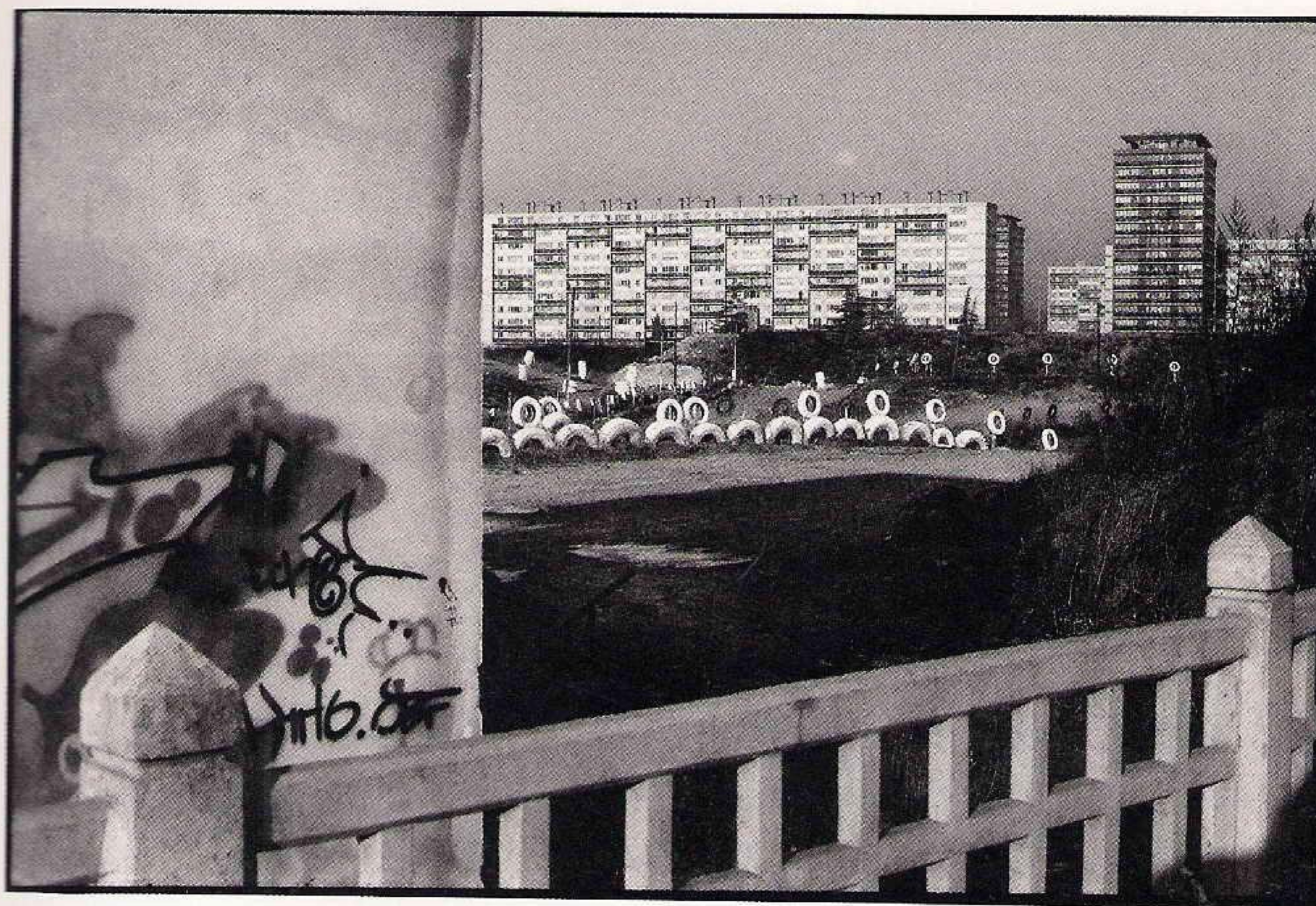
Los hombres de la Edad Media llamaban «lepra» a todas las enfermedades cutáneas. Rechazados y encerrados, a los leprosos se les suponía estar devorados por ardores sexuales. *Miroir de l'humaine salvation*: «Guérison de Naaman le lépreux» y «Passage du Jourdain». Flandes, siglo XV. Chantilly, museo Condé.

el miedo *a la violencia*



En la refinada sociedad pre-renacentista hay también grandes violencias y grandes crueldades. Están descritas en la obra de Boccacio. Boccacio, *Le Livre des nobles hommes et femmes* (f° 190 r°). Miniatura francesa, siglo XV. Chantilly, museo Condé.

La sociedad medieval vive, muere y se divierte con gran brutalidad. Los campesinos prefieren que los caballeros se marchen a las cruzadas o se maten entre sí en los torneos a que les quiten las cosechas o tomen de rehén a las aldeas. Porque la gran inseguridad del año mil la mantienen bandas de jóvenes caballeros sin raíces, obligados a las aventuras para sobrevivir. Tanta exacción hace que en los campos los



La violencia aflora cotidianamente en los grandes suburbios, esas tierras de nadie.

consideren agentes del demonio. La Iglesia, principal armadura de la sociedad, intenta establecer un orden menos salvaje y convencerlos de que ayuden a Dios a mantener la paz sobre la tierra en vez de sembrar el terror. Las bandas de los caminos son reemplazadas cuando ocurren guerras entre Estados. Eran, no obstante, violencias menos destructoras que las carnicerías contemporáneas de Verdún a Stalingrado.

Hoy domina el miedo a la violencia, a la inseguridad. ¿Existía entonces?

En la Edad Media importaban poco la muerte y el dolor físico. Si se leen los poemas, los relatos que se escribían para distraer a los nobles, sorprende su salvajismo. El deporte era la guerra: ese simulacro que acontecía en los torneos. Un torneo no se parece en absoluto a lo que se muestra en el cine: dos caballeros que se enfrentan tranquilamente, con suma cortesía ante los espectadores. Vale más imaginar dos tropeles aullantes que se lanzan uno contra el otro y sólo aspiran a apoderarse por la fuerza del adversario, de sus caballos y de sus armas. Y todo estaba permitido. Esos encuentros deportivos provocaban tantas víctimas que la Iglesia intentó prohibirlos: no quería que los combatientes se destrozaran tanto para que quedaran bastantes y hacer así la guerra a los enemigos de Cristo; fue en vano. Esos torneos servían, de hecho, para descargar la violencia de una sociedad extremadamente brutal.

¿Cuáles son los principales responsables de la violencia?

La inseguridad viene, en los siglos XI y XII, en el país francés, sobre todo de los caballeros, de las bandas de militares. Los campesinos los creen agentes del demonio. En el año mil, precisamente, se intenta impedir que los caballeros molesten. Las crónicas de la época hablan de la «paz de Dios», intento, más o menos exitoso, de terminar con esa violencia de la



Ante la violencia y la inseguridad que provocaban los caballeros, la iglesia y los príncipes se movilizaron en el año mil para establecer la «paz de Dios», limitando estrictamente la actividad militar.
Froissart, *Chroniques,* volumen 1, siglo XV (manuscrito francés 86, f° 1).
El autor, en su escritorio, escribiendo ante una escena de batalla. París, Biblioteca nacional.

caballería. Se reunía a los hombres de armas en asambleas, junto a relicarios. Obispos y autoridades les decían: «Si no queréis ser condenados, prestad juramento, comprometeos ante Dios, por vuestra alma, a respetar algunas prohibiciones. Podéis mataros entre vosotros, pero de ahora en adelante no deberéis batiros cerca de las iglesias, que son lugares de asilo donde cualquiera debería poder refugiarse. No podréis combatir ciertos días de la semana, en memoria de la Pasión de Cristo. Nada de guerra ni los viernes ni los domingos, entonces. Y no debéis atacar a las mujeres, por lo menos a las nobles, ni a los comerciantes, los sacerdotes y los monjes». De todo esto resultó una especie de codificación de la guerra, que fue relegando la violencia a espacios limitados donde los guerreros podían combatir entre sí; se esperaba, vagamente, que terminarían por exterminarse los unos a los otros.

La representación del jardín de los suplicios resume todas las formas de violencia que amenazaban a la sociedad de la Edad Media. Boccacio, *Le Livre des nobles hommes et femmes* (f° 190 r°: asesinato, horca, hoguera). Miniatura francesa, siglo XV. Chantilly, museo Condé.

¿Estos caballeros estaban «destinados» a sembrar la violencia?

La nobleza de esos tiempos tenía costumbres matrimoniales muy precisas. La tierra era la riqueza, y se temía que menguaran los patrimonios a causa de la herencia. No se casaba, por lo tanto, más de un joven por familia. Todos los demás —y eran muchos, pues la mortalidad infantil era menor entre los ricos que entre los pobres— debían quedarse sin mujer legítima, sin vínculos. Se veían obligados a juntarse en bandas. La aventura, palabra de la época, era militar, asoladora. Había violencia, entonces, por todas partes. Los hombres de guerra vivían dispersos en el país, y esto duró mucho, hasta el fin del Antiguo Régimen. Por otra parte, y esto es evidente en algunas regiones actuales de Asia y Africa, cuando una fuerza militar no está encuadrada por una fuerza política eficaz propende a tornarse devastadora.

Con el desarrollo, con el paso de una economía agraria a una economía monetaria, la riqueza adquirió mayor fluidez. La herencia se dividía con más facilidad y se atenuaron las restricciones del matrimonio de los jóvenes. La violencia es más difusa a partir del siglo XIII, pero adopta otra forma, la de guerra entre Estados, que se refuerzan. El riesgo de la caballería es reemplazado por el de compañías de mercenarios formadas por marginales, grupos bastante fuertes al mando de un capitán que trata con los jefes de Estado y, contra un pago

en dinero, acepta participar en tal o cual expedición militar. Esta gente combatía a pie, sin espada; utilizaba armas innobles, picas o hachas. Eran profesionales de la guerra extremadamente eficaces y muy peligrosos para el pueblo cuando estaban sin trabajo: vivían a costa del país, devastándolo. También se los consideró agentes del demonio. La Iglesia los condenó, los persiguió como a herejes; pero los príncipes no podían prescindir de ellos, y sumergieron el país durante la guerra de los Cien Años. Sin embargo, las violencias de la guerra eran infinitamente menos destructoras que nuestros conflictos actuales. Nada hay comparable en la Edad Media a las carnicerías de Verdún o Stalingrado.

¿Cuáles eran las fuerzas de orden, las que controlaban esta violencia?

El poder de la Iglesia limitaba esta violencia. Intentaba restablecer la paz por todos los medios, porque la paz es reflejo, en la tierra, de la Jerusalén celestial, del orden perfecto que reina en el Cielo. Los reyes, personajes sagrados, son los lugartenientes de Dios en la tierra. Pertenecen, en parte, a la Iglesia, por el rito de la consagración, y su responsabilidad esencial es el mantenimiento de la paz y la justicia. El rey, cuando lo consagran en Reims, promete proteger a la Iglesia y a su pueblo de cualquier violencia. Es su papel, su función y trataban





Caballeros, y después bandas armadas, aterrorizan a la población. Biblia narrada de Guiars des Moulins y Pierre Comestor, fines del siglo XIII y principios del XIV (manuscrito 49, f° 136 v°: soldados combatiendo y mutilando prisioneros). Montpellier, museo Atger.

El arte de los monasterios llama, en el siglo XII, a luchar contra las sensaciones para tornarse más puro. Caballeros cristianos representan el combate de la Generosidad y de la Caridad contra la Avaricia, aplastada. Clermont-Ferrand, coro de Notre-Dame-du-Port.

de cumplirla como podían. El Estado se reconstituyó en tiempos de San Luis, y éste consiguió restringir un poco la agresividad de la milicia. Pero la Iglesia formaba la armadura principal de la sociedad. Desempeñó una función pacificadora, amenazando a los que perturbaban la paz con el castigo eterno, sacralizando el oficio militar, imponiendo a todos los guerreros una moral de entrega y transformando la caballería en una orden casi religiosa. La realidad caballeresca era bastante siniestra: hombres cuya principal distracción consistía en capturar bestias salvajes o en luchar unos contra otros. La Iglesia, por lo menos, trabajó con todas sus fuerzas, a partir del siglo XII, para convencerlos de que cada uno, cuando recibía la espada, que antes se había bendecido en el altar, recibía también la misión del rey: emplear las armas para que reinara la justicia. Cada caballero era un pequeño rey y estaba obligado a ayudar a Dios a mantener la paz en la tierra con esa espada en lugar de usarla para expoliar a los pobres.

⊞ *¿Resultó esta empresa de convertir bandoleros en guerreros responsables?*

Se puede hablar de éxito parcial, como en todos los logros humanos, durante el siglo XIII. San Luis mostró el ejemplo del perfecto caballero. Por supuesto que soñaba con hundir la espada en vientres de judíos y musulmanes; pero no en el de los cristianos.





La guerra y su simulacro, los torneos, eran deportes excitantes, pero singularmente crueles, de los caballeros. En las novelas a menudo se lee que el héroe Lancelot corta la cabeza del adversario que ha derribado y que la ofrece a las damas. «Perceval y Lancelot atacan a Galaad». *Roman de Saint Graal*, siglo XV (manuscrito 527, f° 81). Dijon, biblioteca municipal.

La caballería era también una empresa de extorsión, por usar un término contemporáneo...

Al principio, en el siglo XI, sin ninguna duda... ¿Qué son los feudos? Una colección dispersa de castillos; y en cada uno, un señor responsable del orden en torno a la fortaleza. Para lograrlo, mantiene una banda de unos veinte o treinta hombres de guerra y a sus caballos. ¿Y qué hacen ellos? Defienden el país, pero lo explotan; tratan de extraerle todo lo que pueden. Sólo les contiene la idea de que, si cogen demasiado, se acabará el capital. Los campesinos resisten. Disimulan sus pocos bienes. Se establece así un equilibrio entre la rapacidad del grupo señorial y la facultad de autodefensa del campesinado.

¿Y cómo podían defenderse los campesinos contra esas exacciones? ¿Se armaban?

Por cierto que sí. Las aldeas, en las regiones de población en grupos, casi siempre estaban fortificadas, circundadas por una especie de murallas. Los habitantes, agrupados tras el párroco, se armaban y defendían contra las agresiones. El levantamiento que estalló en Île-de-France, en plena guerra de los Cien Años, no fue una rebelión de pobres, como se suele creer, sino una revuelta de campesinos ricos, que se exasperaron por la brutalidad de los guerreros. La guerra duraba ya cincuenta años en todo el país. Las exacciones eran suficientes. Se armaron y atacaron a los nobles, a los caballeros, a los instrumentos del desorden.

¿Había criminalidad urbana además de violencia militar en los campos?

Había bandidaje, sin duda. Una parte de los miserables migrantes de que ya hemos hablado vivía de muy variadas fechorías. No tenemos muchos indicios anteriores a los siglos XIV y XV, momento en que se puede empezar una historia de la criminalidad. Parece haber sido relativamente baja comparada con la que azota las grandes metrópolis modernas. La gente era violenta, se batía entre sí, pero robaba mucho menos de lo que podría creerse. Otras especies de violencias se desarrollaban en las comunidades urbanas. A fines de la Edad Media había demasiadas personas solteras en las ciudades. Estos jóvenes solían agruparse en asociaciones de la juventud, con un jefe a la cabeza. Eran verdaderas bandas institucionalizadas. Sólo había una por ciudad y gozaban de algunos privilegios. Los jóvenes podían, en ciertos momentos, liberar sus impulsos en la ciudad misma. Allí se los autorizaba. Las mujeres en situación marginal, mal integradas en la familia, eran las víctimas principales. El rito mayor de estas asociaciones juveniles era la violación, la violación colectiva.

¿Esas violencias no arriesgaban desestructurar la sociedad de la época?

No. Las estructuras poseían suficiente solidez como para contener la violencia y ahogar los gérmenes de discordia. La mayor parte de los conflictos se solucionaban entre vecinos, o al interior de la familia. Se aceptaban algunas



La Iglesia trabaja para contener la violencia de los caballeros. Cuando se ciñen la espada, ya bendita en el altar, éstos recibían la misión del rey: emplear esta arma para que reine la justicia.
Caballero que simboliza la guerra. *Apocalipsis,* siglo XIII (manuscrito del norte de Francia). Cambrai, biblioteca municipal.

actitudes violentas, evidentemente. El marido podía apalear a su mujer, incluso matarla si cometía adulterio, quemarla viva... Pero cuando se mira esta sociedad en conjunto, se la ve mucho menos convulsa que la nuestra, menos trabajada por la perturbación interior que la criminalidad engendra. Las fuerzas de conciliación que había en todas esas células donde el individuo se hallaba integrado constituían un freno de la posible erupción de sus impulsos agresivos.



El texto del Apocalipsis de Juan describe las calamidades que caerán sobre la humanidad al aproximarse el fin del mundo. Esta imagen, que presenta las tribulaciones anunciadas, ilustra el comentario que redactó el Beato de Liébana, monje español, en 975. Catedral de Gerona.

¿Qué lección se puede extraer hoy?

Los que hoy intentan, en Francia, ordenar los problemas de la ciudad, se deberían interesar, sin duda, por examinar el funcionamiento, en la sociedad medieval, de esas asociaciones de la juventud. Se autorizaban algunas cosas, pero no todo. Institucionalizar la banda, en los barrios actuales, dotarla de una verdadera estructura controlable, quizás fuera una de las soluciones...

¿Provocaba violencias la prostitución en ese catálogo de la criminalidad y las violencias?

La prostitución estaba muy bien organizada en esa sociedad que incluía tantos solteros (en primer lugar, los clérigos, y después todos esos jóvenes que se casaban tarde). Todo el mundo consideraba que era indispensable dar un cauce de salida a sus necesidades sexuales. Las casas de prostitución dependían de las municipalidades, de modo perfectamente oficial y reglamentado; no se producían violencias dignas de mención.

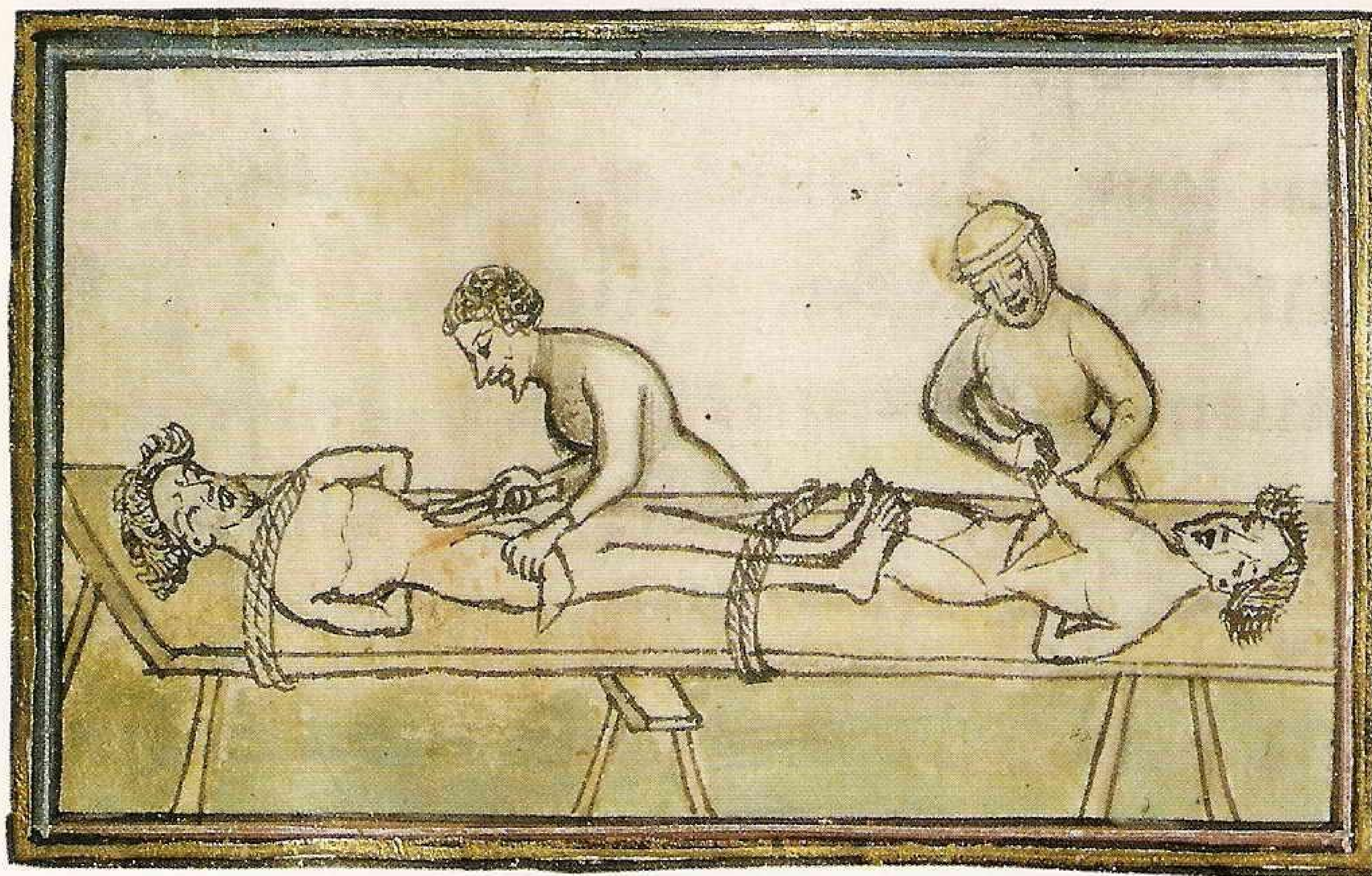
¿Cuál era el castigo de los criminales? ¿Había una respuesta legal de parte de la sociedad?

Lo brutal y salvaje de esa civilización se manifiesta en su manera de castigar los crímenes. El castigo debía ser espectacular. La pena de muerte se aplicaba muy poco y a una escasa variedad de delitos. Se solían arreglar las cosas con el pago de una multa. Empero, cuando se la aplicaba, se lo hacía en público y con gran aparato; debía correr mucha sangre y ser todo



Tortura y ejecución de Simon Poulliet, alcalde de Compiègne, en París, 1346, bajo la mirada de un grupo de sacerdotes. Manuscrito 677, siglo XIV (f° 91 r°). Besançon, biblioteca municipal.







sumamente cruel y visible. Pero se prefería cortar la mano al ladrón y el sexo al que había abusado de él.

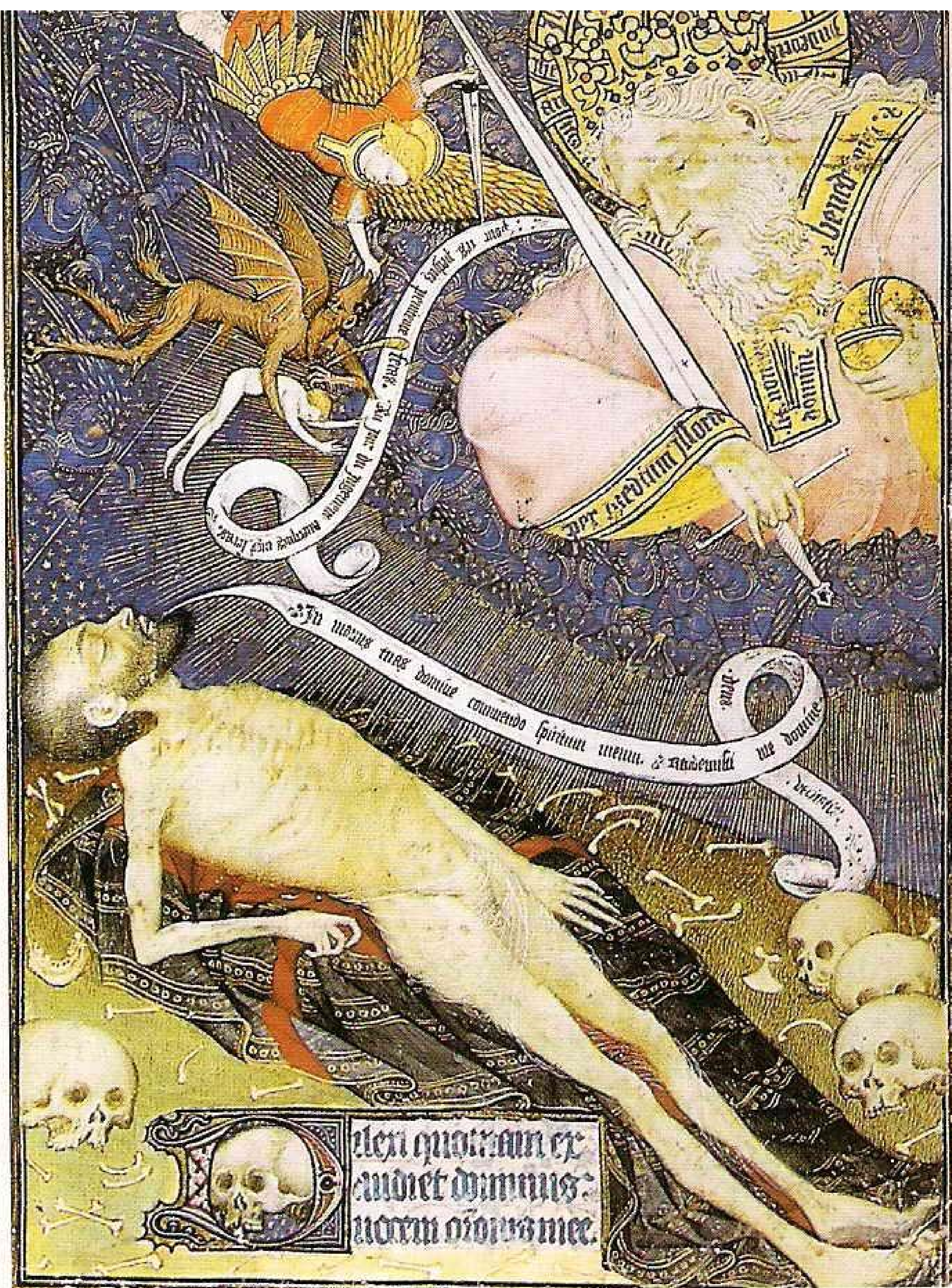
¿Había, en esas ciudades, zonas por naturaleza más peligrosas que otras?

En las grandes ciudades, por supuesto. Pero sabemos demasiado poco como para distinguir los barrios peligrosos de los que no lo eran. Había zonas de paz, sobre todo la plaza del mercado, que vigilaban especialmente: allí había dinero, muchas cosas tentadoras, extranjeros, ocasiones para que compradores y vendedores disputaran. Existían también los sitios cerrados junto a las iglesias, señalados por cruces, en los cuales estaba prohibida la violencia. Se los llamaba «cementerios». No estaban reservados para los muertos. Allí se establecía y construía sus casas mucha gente.



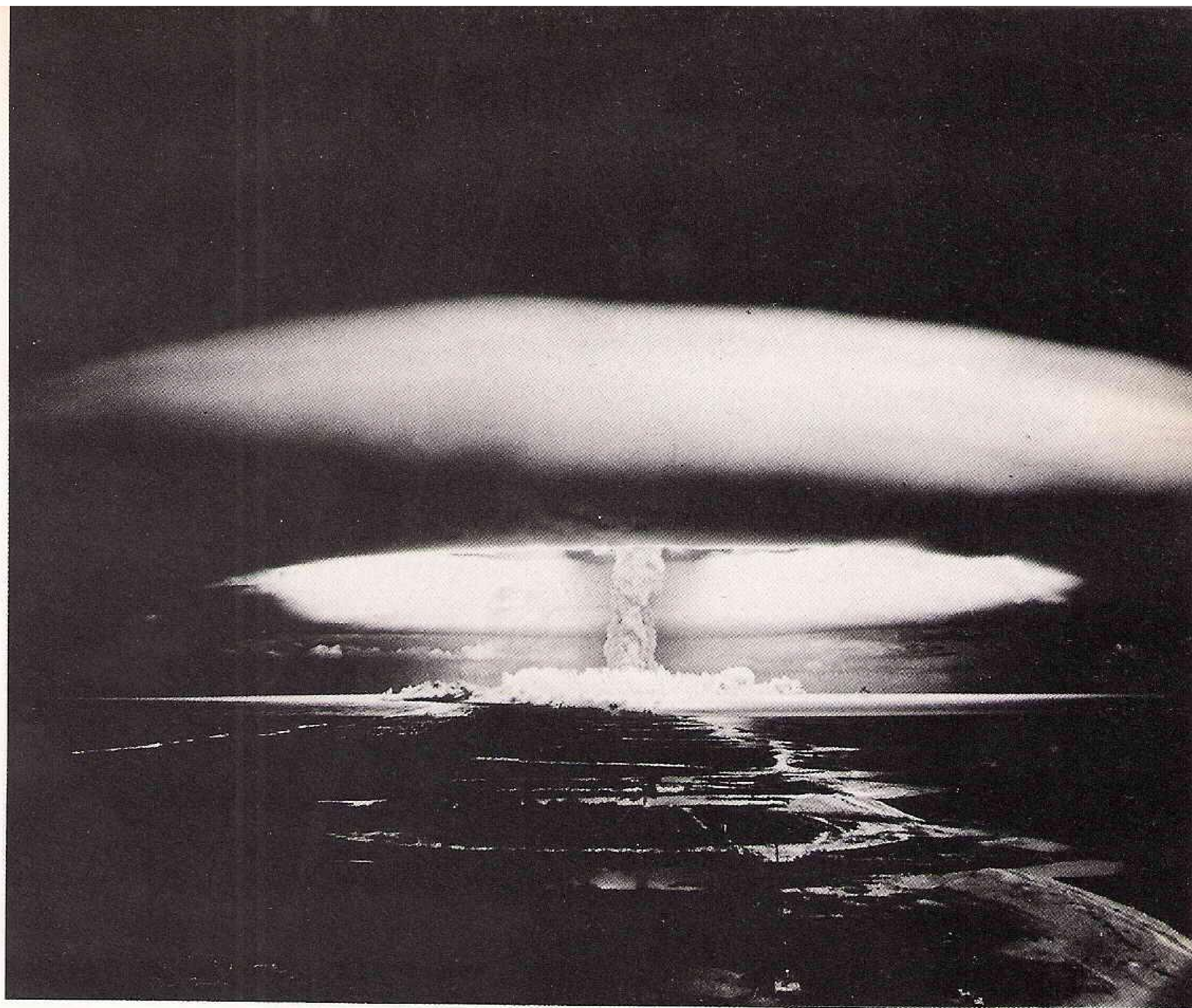
Se quería que los castigos fueran espectaculares. Arriba, emasculan a caballeros que pecaron por adulterio. Abajo, una carreta arrastra a Enguerrand de Marigny antes de que lo ahorquen. Manuscrito 677, siglo XIV (f° 91 r°). Besançon, biblioteca municipal.

el miedo *al más allá*



A mediados del siglo XIV, la peste negra perturbó profundamente la actitud del hombre ante la muerte. De familiar y normal, la muerte pasó a trágico y omnipresente objeto de temor.
***Heures de Rohan*, siglo XV (manuscrito latino 9471, f° 159).**
París, Biblioteca nacional.

Cuando nadie duda de la existencia del más allá, la muerte es un paso que se celebra ceremonialmente entre parientes y vecinos. El hombre medieval posee la certeza de que no desaparecerá por entero mientras espera la resurrección, pues nada se detiene y todo prosigue en la eternidad. La pérdida actual del sentimiento religioso ha convertido la muerte en una prueba terrible,



La bomba atómica ha provocado un miedo nuevo, el de un encadenamiento de conflictos que conduciría a la brutal explosión del universo.

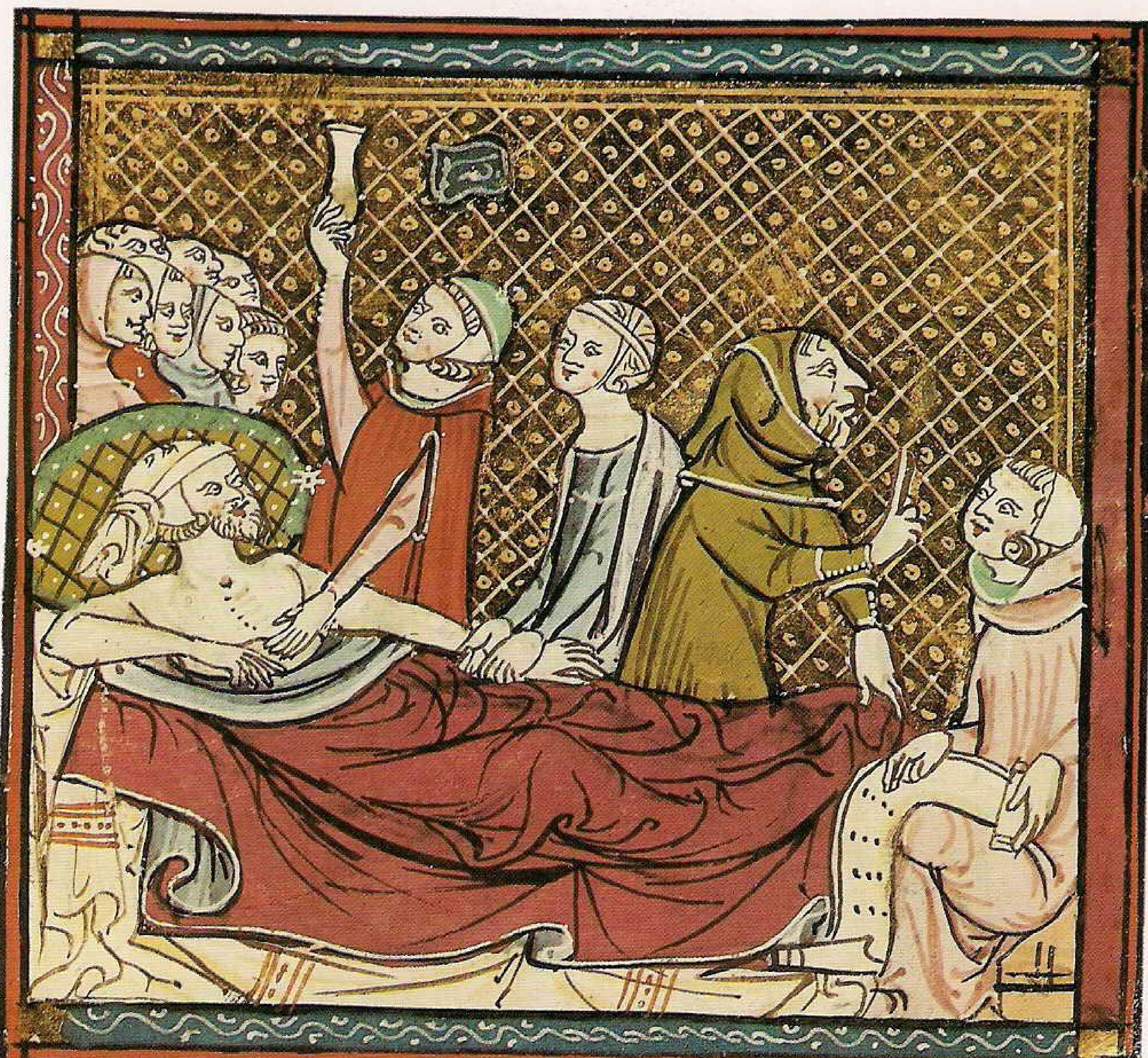
en una caída en las tinieblas y en lo desconocido. Ha desaparecido la solidaridad en torno al paso a mejor vida, y hoy todos se dan prisa para liberarse del cadáver. Más que la muerte, nuestros antepasados temían el juicio, el castigo del más allá y los tormentos del infierno. Miedo a lo invisible, en el fondo del hombre de hoy, que vacila al sentirse impotente ante el destino.

¿En qué formas se manifestaba el miedo a la muerte cerca del año mil?

Me pregunto si los hombres de esos tiempos temían tanto a la muerte como nosotros. Ninguno duda entonces de que en el universo exista una parte invisible, imposible de conocer, ni que entre ella y el mundo de aquí abajo la frontera no sea infranqueable. La vida se prolonga después de la muerte y los muertos están siempre presentes, sobre todo durante las ceremonias en que se asocian a los vivos. Se los recuerda continuamente en esos lugares de oración que son los monasterios, una de cuyas funciones es, precisamente, la de servir a los muertos y ayudar a los almas a vivir en esa extensión cuya entidad exacta se desconoce pero que allí está esperándonos.

La muerte es un pasaje, y ese paso se opera ceremonialmente. Y en esto creo que existe una diferencia profunda con nuestra cultura. La muerte nos resulta algo molesto: hay que desembarazarse de inmediato del cadáver. La transferencia al lugar de la sepultura se realiza de prisa. En la Edad Media, por el contrario, toda la familia, la servidumbre, los parientes, los vasallos, todo el mundo se reúne en torno del que va a morir. El agonizante debe realizar determinados gestos, despojarse y distribuir entre los que ama todos los objetos que le pertenecieron. Debe declarar, también, su última voluntad, exhortar a quienes le sobreviven para que se comporten mejor, y, en fin, someterse a todos los ritos que le conseguirán

En la Edad Media, todos los parientes se reúnen en torno del que va a morir. El médico, los servidores y los vasallos también están presentes. El moribundo dicta su testamento. En el medallón, la viuda. Manuscrito latino, *Justiniani in fortiatum*, siglo XIV (f° 56 r°). España, biblioteca del Escorial.





en el más allá una situación no muy desagradable. Y después se cuida atentamente el cuerpo del difunto. Se lo expone en un lecho ceremonial que se traslada pronto a la iglesia. Y en el templo, durante la vela fúnebre, se desarrolla un último rito, muy expresivo de la solidaridad que une en ese instante a los vivos y los muertos: un banquete. Todas las personas de la familia y de la zona son invitadas a reunirse alrededor de una mesa que preside aquel cuya alma se ha marchado al más allá. Se acercan los pobres y se les ofrece comida; aprovechan por última vez la generosidad del difunto.

✠ *Parece que echara a faltar esa cercanía de la muerte...*

Es verdad. Creo que la muerte resultaba sin duda menos aterradora por la certeza que se tenía de no desaparecer completamente, por la seguridad que había de sobrevivir, si no corporalmente, por lo menos en otra forma y a la espera de la resurrección de los muertos. Con todo este ceremonial, la muerte no era esta especie de caída en las tinieblas y en lo desconocido que hoy es para muchos de nosotros.

A los difuntos de las familias ricas se los sepultaba al interior de las iglesias; a los pobres, en osarios. Oficio de los muertos, en *Heures de Rohan*, siglo XV (manuscrito latino 9471, f° 196 y 182). París, Biblioteca nacional.

¿A qué atribuye esta gran diferencia? ¿A la pérdida de sentimiento religioso, a efectos del progreso técnico o a un mejor conocimiento de la biología?

Creo que intervienen dos factores. El factor principal, evidentemente, son las creencias. Nadie dudaba de la existencia de un más allá. Todos estaban convencidos de que nada se interrumpía, que todo seguía sin término y que continuaría en la eternidad. Y el segundo factor —una vez más— es la solidaridad. La de los parientes y vecinos, que encerraba al individuo en una cápsula quizás insoportable, pero que lo ayudaba a superar las vicisitudes de la vida y, sobre todo, esta prueba fundamental que es el paso de la vida a la muerte.

Hoy se aprecia un vago temor al porvenir de la humanidad, que se manifiesta en visitas a videntes y magos. ¿Existía en la Edad Media?

Existía la espera del fin de los tiempos. Debía venir un día que sería el último. En seguida se produciría el paso a un mundo impensable, el de lo eterno y lo infinito. Pero lo que más temían, creo, los hombres de esa época era el juicio, el castigo en el más allá. Basta mirar en torno, a lo que resta del arte medieval, para quedar sorprendido por el espacio que ocupan las representaciones de los tormentos del infierno.

¿Y cómo imaginaban esos hombres el infierno?

Numerosas imágenes —que aún se pueden ver, esculpidas o pintadas en las paredes de las iglesias— no dejaban de recordar la presencia del infierno. Lo mostraban con el aspecto de unas fauces monstruosas muy abiertas que en-



Reino subterráneo cuyas fauces devoran réprobos, la visión del infierno mantiene el miedo de estar en falta. Terror de todos, que aumenta con imágenes de fuego, monstruos y torturadores.
***Apocalipsis*, escuela del Norte. Cambrai, biblioteca municipal.**

gullían a los condenados. Al interior de ese vientre oscuro, llamaradas y demonios atormentaban el cuerpo de los réprobos con variados instrumentos de tortura. Un cúmulo de dolores físicos, como los que se infligían a los culpables de los crímenes más graves.

De tanto representarlo, ¿no se volvía «familiar» el infierno? ¿Su presencia continua inquietaba más que su actual «ocultamiento»?

Imagen obsesionante y abrumadora, el infierno no cesaba de estar presente. Era quizás el germen más virulento de los temores que atenazaban a la gente de entonces, que se sentía amenazaba por el pecado, temía ser castigada e intentaba eludir la condenación por todos los medios, oraciones, penitencias, talismanes. Me parece una liberación el reflujo actual de las creencias en penas eternas prometidas por un Dios vengativo a quienes le desobedecen. Pero tengo la sensación de que, aún en nuestra época y cualquiera que sea el progreso del conocimiento, muchas personas, incluso intelectuales, creen en fuerzas demoníacas. No estamos tan preparados como creemos contra esta inquietud.

¿Y cómo se manifestaría esa creencia?

En el extraordinario éxito que consiguen, en nuestra sociedad, los charlatanes que venden toda suerte de talismanes para superar la adversidad, prever el futuro, defenderse de fuerzas malignas. El éxito de los que proponen la curación de las enfermedades del cuerpo o del alma me hace creer que el miedo a lo invisible continúa profundamente arraigado en nuestras entrañas.

Y trasciende el progreso científico...

Sí, lo creo; porque, a medida que se difunde el conocimiento, vamos adquiriendo más y más

Para calmar el miedo aterrador del infierno, se inventó, a fines del siglo XII, el purgatorio. En este lugar de tormentos subsiste la solidaridad entre vivos y muertos. Ella sostiene la esperanza de eludir la condenación eterna. *Psalterium liturgicum*, siglo XIII (manuscrito 10/1453, f° 110). Chantilly, museo Condé.



conciencia de que hay cosas que no podemos conocer. Hay muchas enfermedades del alma que provienen precisamente de esta sensación de impotencia de los hombres ante su destino. Antes había sistemas terapéuticos adecuados

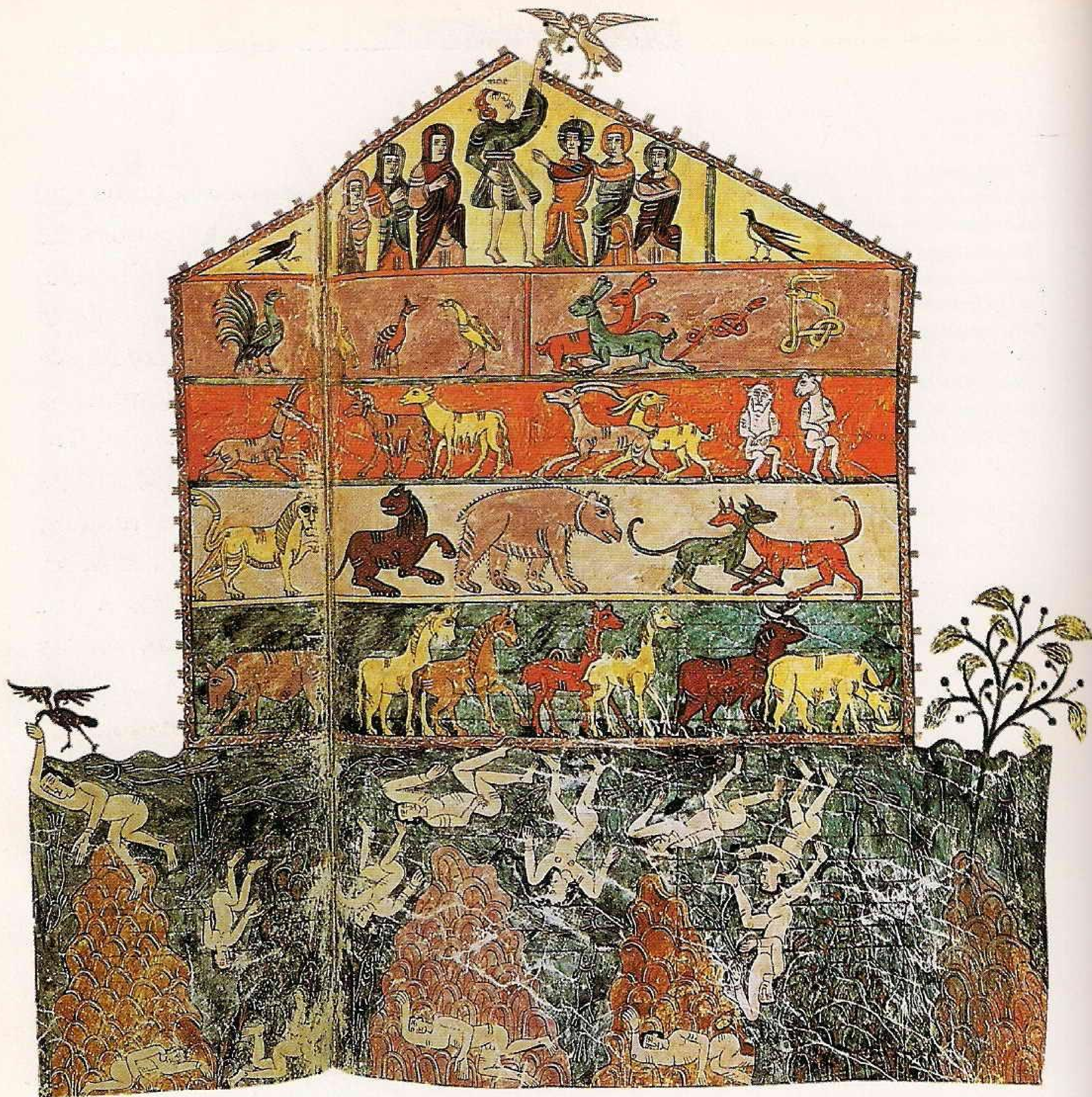


Imagen de esperanza, la representación del arca de Noé afirma que, por la gracia divina, el hombre de buena voluntad evita el castigo universal. Beato de Liébana, *Comentario del Apocalipsis*, 975, catedral de Gerona.

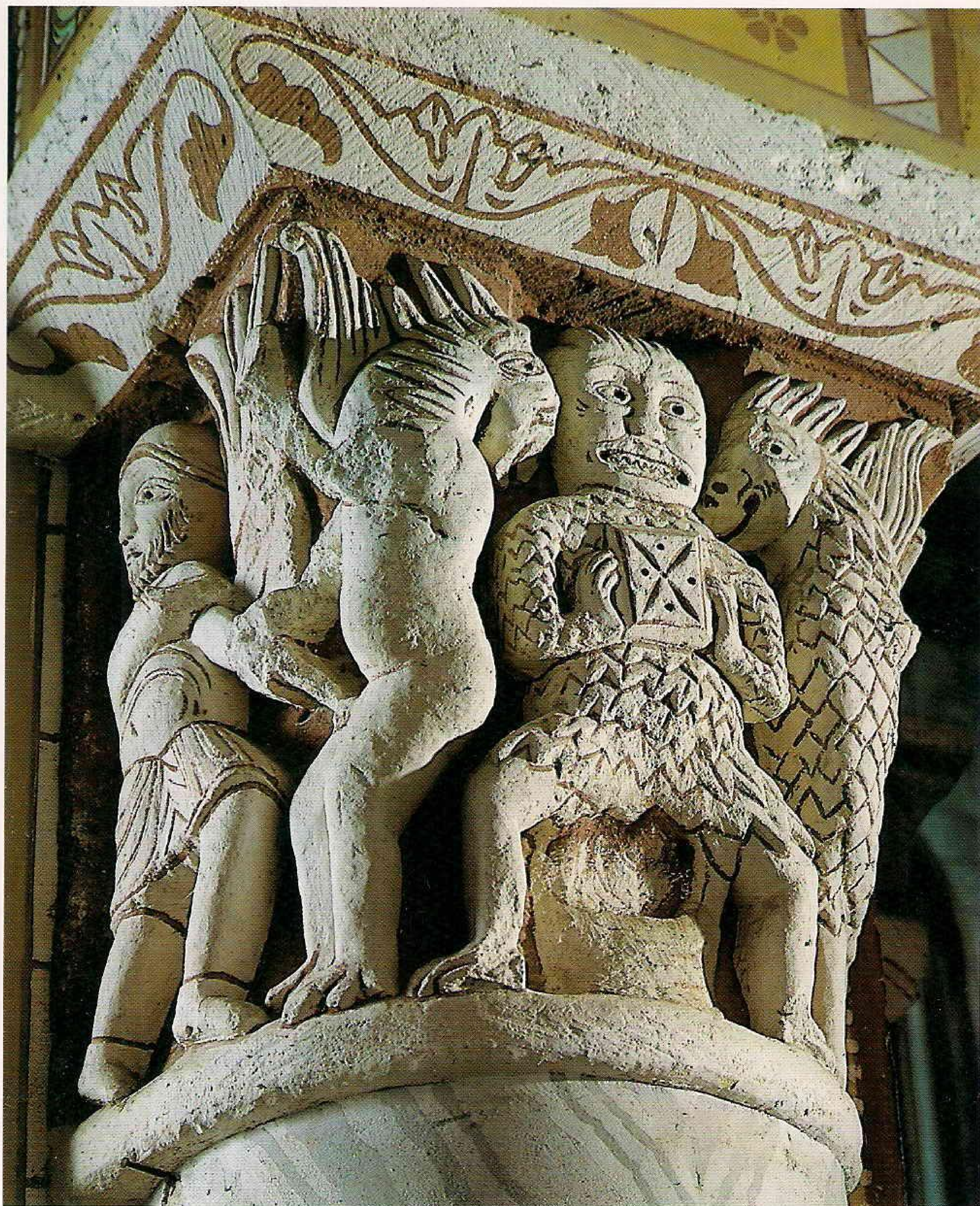
para tranquilizar. Los ritos cristianos de la confesión y de la penitencia, es decir un conjunto de gestos destinados a lavar las faltas del pecador, desempeñaban un papel por lo menos análogo al que intentó jugar el psicoanálisis en nuestra sociedad. Estos ritos atenúan el miedo al infierno, tanto mayor cuanto que durante mucho tiempo no hay otra opción. Había el

infierno y el paraíso. Esto angustiaba tanto que la sociedad inventó el purgatorio. Jacques Le Goff relató la historia de esta invención relacionada con el desarrollo del comercio y de la contabilidad. A fines del siglo XII, cuando comienza la época de los mercaderes, germina la idea de una especie de mercado entre el Todopoderoso y los hombres: los beneficios de las buenas acciones de los vivos se pueden depositar en la cuenta del difunto para ayudarlo a liberarse de su culpa. Y volvemos a encontrar aquí lo que hay de consolador en las solidaridades, pues los que están en la tierra son capaces de ayudar, por sus buenas acciones y sus plegarias, a las almas del purgatorio a disminuir el período en que deben purgar lo que las mancha.

Hoy nos preocupa mucho el crecimiento de sectas religiosas. ¿Las había en una sociedad como la medieval?

En la Edad Media pulularon las herejías al interior del sistema homogéneo que era el cristianismo. La Iglesia se preocupó de destruir estas desviaciones; violentamente. Impulsó una cruzada contra los albigenses. Pero lo que más ocurría eran movimientos de resistencia o de rebelión contra la institución eclesiástica. Las herejías, que eran presentadas bajo un aspecto completamente negativo, son también, por ello, una señal de la vitalidad de una época en que fermentaba, irreprimible, la libertad de pensamiento.





✠ *Desaparición de especies, degradación del entorno: ¿nuestros miedos son más agudos que los de la Edad Media?*

Sí, en ello está, me parece, la diferencia más nítida. El tema de la ecología, es obvio, no se planteaba en un universo donde el poder de la naturaleza era, por el contrario, aterrador. Tampoco los hombres se planteaban el tema de la desaparición de la especie humana. Estaban convencidos de que se iba a producir. Ignoraban cuándo, pero estaban seguros de que en un momento determinado ya no habría más hombres sobre la tierra; estarían entonces en el cielo o en el infierno.

✠ *¿Los hombres de ese tiempo concebían la desaparición de las especies? ¿O sabían algo de la desaparición de los dinosaurios?*

No. Pero se sabía que hubo civilizaciones anteriores que murieron. La civilización romana había culminado y después caducado. Lo sabían, pues encontraban huellas de creaciones admirables reducidas a ruinas. Existía el sentimiento de la fugacidad de las cosas. Los hombres habían comprendido que las civilizaciones eran mortales, asunto que hemos vuelto a descubrir. Pero no se tenía la menor noción de que especies animales pudieran haber desaparecido de súbito.

Páginas anteriores.
El hundimiento de los réprobos en las fauces del Leviatán simboliza el conjunto de los suplicios; pero la imagen se puede leer como crítica social. Entre los condenados hay reyes, clérigos y caballeros. El infierno parece entonces un instrumento de justicia inmanente, que compensa las iniquidades terrestres.
A la izquierda: el diablo y su altar; capitel del coro.
A la derecha: un monstruo engulle a un hombre.
Chauvigny, iglesia de San Pedro, siglo XII.

Los hombres de la Edad Media observaban las estrellas para conocer su destino. Aquí, en 1066, cuando la conquista de Inglaterra por los normandos, un cometa, quizás el Halley.
Tapiz de la reina Matilde, hacia 1080.
Bayeux, museo de los tapices.



¿Y qué veían los hombres cuando miraban el cielo? ¿Creían ser la única especie humana? ¿Tenían conciencia de la amplitud del universo, de sus posibles peligros?

Estaban convencidos de que la tierra era el centro del universo y de que Dios sólo había creado un hombre y una mujer, Adán y Eva, y a sus descendientes. No imaginaban que pudiera haber otros espacios habitados. Lo que veían en el cielo, el movimiento regular de los astros, constituía la imagen más cercana del plan divino. Se aterrorizaban cuando se producían accidentes al interior de ese plan tan per-

fecto. Un cometa, por ejemplo, o un eclipse algo prolongado, las lluvias de sangre que se creía ver cuando vientos poderosos arrastraban las arenas del Sahara hasta el continente europeo, les parecían pruebas del descontento de los Cielos, de que alguna cosa se estaba anunciando o de que se los estaba invitando a respetar mejor el orden divino.

Este temor ante las catástrofes naturales parece existir hoy día...

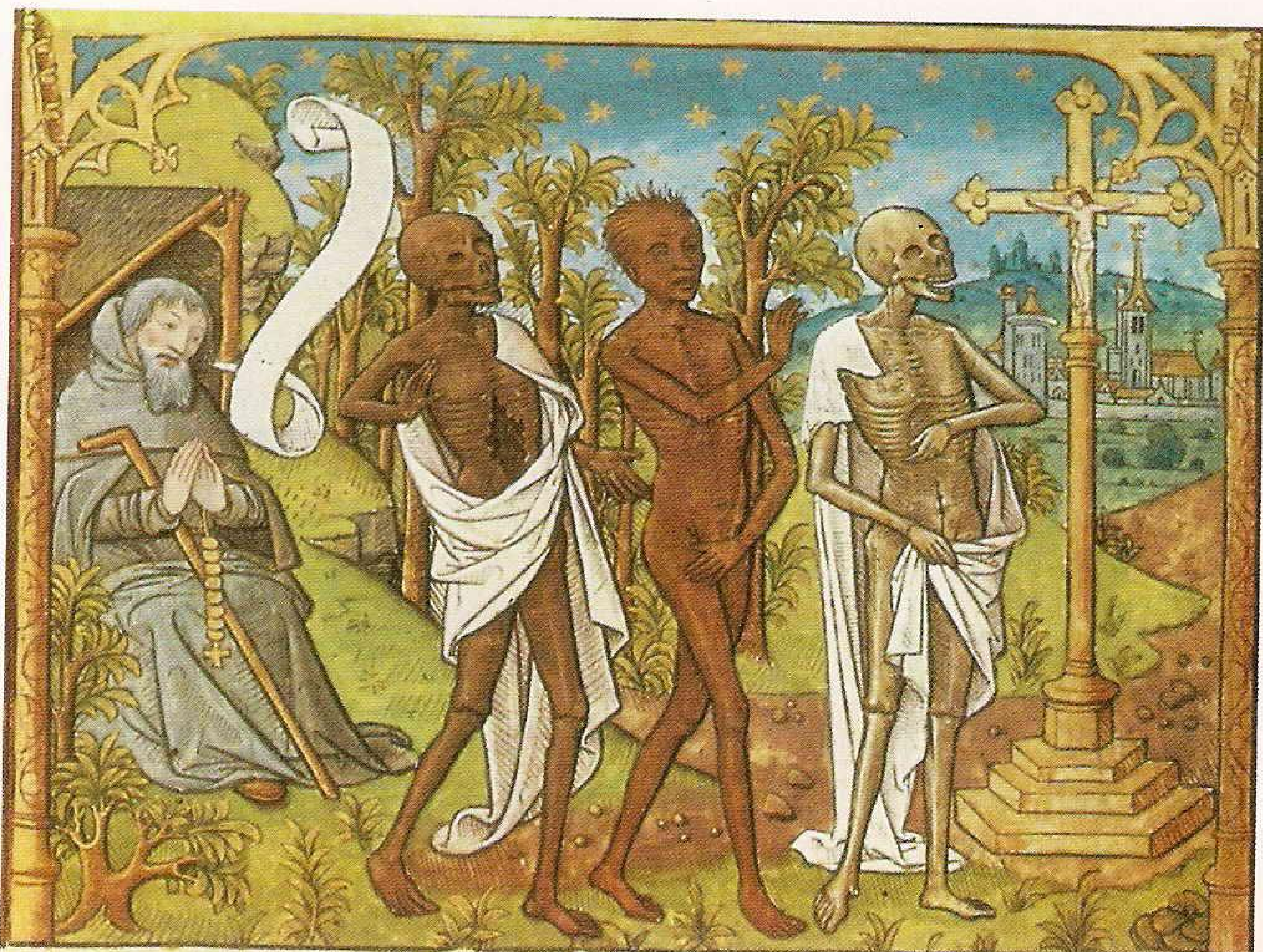
De tiempo en tiempo, una catástrofe natural nos recuerda que el hombre, a pesar de todo el poder que ha conseguido con el desarrollo de las ciencias y las técnicas, sigue siendo impotente ante las fuerzas de la naturaleza.

¿Esos hombres intentaban conocer el futuro?

Sí, por cierto. La astrología desempeñaba una función muy considerable en esa sociedad y estuvo sumamente ligada a los progresos de la astronomía. Esos hombres observaban atentamente las estrellas. Los sabios de la universidad de París, en pleno siglo XIII, poseían tal conocimiento de las leyes del mundo que consiguieron calcular la longitud del meridiano terrestre con una precisión casi perfecta: fue así porque trataban de situar los planetas bajo los cuales habían nacido determinados individuos y de este modo hacer un horóscopo, predecir el futuro. ¿Y acaso, en nuestra época, nos hemos liberado por entero de

La danza macabra enseña que los seres humanos, cualquiera sea su posición social, avanzan inexorablemente hacia el mismo destino fúnebre. Manuscrito de Vérard. París, Biblioteca nacional.


Mortales dominus cūctos ī luce creauit Ut capiāt meritis
gaudia sūma post. Felix ille quid qui mētē iugiter illuc Di-
rigit atqz Vigil noxia queqz cauet Nec tū infelix sceleris quē
peitet acti Quiqz suū facin⁹ plāgere sepe solet Sz Viuūt hoī
nes tāꝙ mors nulla sequat. Et Velud ifern⁹ fabula Vana fo
ret. Lū doceat sēsus Viuētes morte resolui Atqz hebrei pcās
pagia sacra probet. Quas q̄ nō metuit ifelix px'et amēs. Vi
uit: et extict⁹ sētiet ille rogū Sic igitur cūcti sapientes Viuere
certēt Ut nichil inferni sit metuēda palus



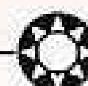
las supersticiones? Basta asomarse a las profundidades de la conciencia para descubrir actitudes muy cercanas a las de nuestros distantes antepasados.

El miedo al fin del mundo, tan presente en la Edad Media, ¿llega hasta hoy?

Perdura. Mi madre, por ejemplo, no estaba nada convencida de que el fin del mundo no iba a llegar muy pronto. Todavía nos pesa todo lo que nuestros antepasados más lejanos han hecho y pensado. Si se escarba en la conciencia de nuestros contemporáneos, se encontrarán muchas personas que alimentan la idea de que la historia humana se puede interrumpir sin previo aviso. Recuerdo los primeros ensayos atómicos; la gente se preguntaba si eso no iba a provocar reacciones en cadena y hacer estallar el universo. Hoy se escucha decir que el crecimiento demográfico es tal, que dentro de algunos decenios la tierra ya no podrá alimentar a los hombres; muchos se preguntan entonces qué va a ser de la especie humana. Sabemos que los dinosaurios desaparecieron tan súbitamente que aún se hallan huevos que no alcanzaron a madurar. Y esto permite imaginar que, por tal o cual mecanismo, por una falla total de las defensas inmunológicas por ejemplo, la especie humana puede, ella también, desaparecer.

✠ *¿Aprecia usted signos de alguna renovación espiritual?*

Lo que veo, sobre todo, es que el materialismo no satisface a la inmensa mayoría de la gente. Está en busca de algo más.





«En esos tiempos los hombres buscarán la muerte y no la encontrarán. Desearán la muerte, y la muerte huirá de ellos».
***Apocalipsis,* IX, 6.**
Satán y los ángeles caídos lanzan langostas a la tierra.
Beato de Liébana,
La quinta trompeta en el Apocalipsis de San Severo,
siglo XI (manuscrito latino 8878, f° 145 v°).
París, Biblioteca nacional.

Créditos fotográficos

En la cubierta; *arriba*, Alberto Durero. *Retrato de Hieronymus Holzschüher*, 1526 (representación tardía, escogida por la expresividad de la mirada). Staatliche Museen zu Berlin-Preuffischer Kulturbesitz Gemäldegalerie.
Jörg P. Anders / Bildarchiv, Berlín; abajo, Eugene Richards / Magnum, París.
Página 12: *Giraudon, París.*
Página 19: *Oronoz, Madrid.*
Página 24: *Dagli Orti, París.*
Página 25: *Richard Kalvan / Magnum, París.*
Página 27: *Biblioteca nacional, París.*
Página 32: *British Library, Londres.*
Páginas 34-35: *Dagli Orti, París.*
Página 37: *Dagli Orti, París.*
Página 39: *Biblioteca nacional, París.*
Página 41: *Dagli Orti, París.*
Página 42: *Dagli Orti, París.*
Página 45: *British Library, Londres.*
Página 47: *Dagli Orti, París.*
Página 50: *Stadtarchiv, Nördlingen.*
Página 51: *Josef Koudelka / Magnum, París.*
Página 53: *Dagli Orti, París.*
Páginas 54-55: *Dagli Orti, París.*
Página 57: *Dagli Orti, París.*
Página 59: *Dagli Orti, París.*
Página 61: *Dagli Orti, París.*
Página 62-63: *Dagli Orti, París.*
Página 65: *Dagli Orti, París.*
Página 66: *Dagli Orti, París.*
Página 69: *Dagli Orti, París.*
Página 71: *Dagli Orti, París.*
Página 73: *Biblioteca nacional, París.*
Página 75: *Dagli Orti, París.*
Página 78: *D. R.*
Página 79: *Mathias Lacombe / Sygma, París.*
Páginas 82-83: *Paul Laes, Lovaina.*
Página 84: *Giraudon, París.*
Página 85: *Jean-Loup Charmet, París.*
Página 87: *D. R.*
Página 88: *D. R.*
Página 92-93: *The Metropolitan Museum of Art, The Cloisters Museum, Nueva York.*
Página 94 y 95: *Lauros-Giraudon, París.*
Página 98: *Dagli Orti, París.*
Página 99: *Josef Koudelka / Magnum, París.*
Página 101: *Biblioteca nacional, París.*
Página 103: *Dagli Orti, París.*
Página 106-107: *Dagli Orti, París.*
Página 109: *Hervé Champollion / Agence Top, París.*
Página 110: *Dagli Orti, París.*
Página 113: *Giraudon, París.*
Página 114: *Oronoz, Madrid.*
Página 116-117: *Erich Lessing / Magnum, París.*
Página 118: *Erich Lessing / Magnum, París.*
Página 122: *Biblioteca nacional, París.*
Página 123: *Jean Gaumy / Magnum, París.*
Página 125: *Dagli Orti, París.*
Página 126: *a izquierda y derecha, Biblioteca nacional, París.*
Página 129: *Giraudon, París.*
Página 131: *Giraudon, París.*
Página 132: *Oronoz, Madrid.*
Página 134: *Dagli Orti, París.*
Página 135: *Dagli Orti, París.*
Página 137: *Erich Lessing / Magnum, París.*
Página 139: *Biblioteca nacional, París.*
Página 141: *Biblioteca nacional, París.*

Las personas que vivieron hace ocho o diez siglos no eran ni más ni menos inquietas que nosotros. Angustiados por la necesidad de supervivencia, pero fascinados por lo extranjero; violentos, pero solidarios; amenazados por epidemias y familiarizados con la muerte, los hombres de la Edad Media vivieron crisis trágicas. Miedo a la miseria, al otro, a las epidemias, a la violencia y al más allá. A partir de nuestros miedos contemporáneos, Georges Duby se ocupa de los miedos medievales que, curiosamente, parecen síntomas de un mundo que progresa. Las diferencias nos enseñan mucho más que las semejanzas. Por ejemplo, la soledad, fiel compañera de la miseria de hoy, era desconocida por nuestros antepasados del año mil.

GEORGES DUBY

AÑO 1000, AÑO 2000
LA HUELLA DE NUESTROS MIEDOS

¿Para qué escribir Historia si no ayudamos con ella a nuestros contemporáneos a confiar en el porvenir y a encarar mejor armados las dificultades cotidianas? Explorar las mentalidades de antaño nos permite afrontar con mayor lucidez los peligros de hoy.

El historiador Georges Duby se expresa con suma claridad en esta obra, cuyas ilustraciones tornan aun más concretos los temores y creencias del hombre medieval.


9 789561 313262